

JORGE COLONNA



# LOS CRÍMENES DE CASTELAR

SEGUNDA PARTE

NOTA DEL AUTOR:

*Los personajes de esta novela son ficticios.*

*Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

*Jorge Colonna, 2015*

**LOS CRÍMENES DE CASTELAR” (SEGUNDA PARTE)**

**CAPÍTULO (I): HIJO DEL PODER**

Portador de un influyente apellido tradicional, descendiente de padre exitoso y madre mediática, Gonzalo Gómez Rioja siempre se sintió distinto a los demás. Consciente de su impunidad, excedió la natural rebeldía adolescente para convertirse en un trasgresor empedernido.

Su paso por la escuela secundaria estuvo marcado por la indisciplina, las malas calificaciones y las escandalosas fiestas en su casona del country “Majestic”. Jamás se le pasó por la cabeza la posibilidad de algún otro estudio, ni siquiera en un conservatorio para educar su innato buen oído musical. En cambio, siempre tuvo habilidad para manipular las consolas tocadiscos, originando nuevos sonidos a partir de la distorsión del audio al mover el acetato a distintas velocidades.

En plena edad del pavo, sus padres le compraron un costoso equipo electrónico para “disc jockeys”, similar a los de los más exitosos profesionales. Con esta tecnología intentó convertirse en un renombrado “Dj”. Primero, recurrió a los contactos familiares, que siempre le abrían puertas. Luego, Gonzalo incursionó en temerarias formas de llamar la atención, como difundir música rock con mensajes satánicos subliminales, que se detectaban cuando las canciones eran reproducidas de atrás para adelante. Luego, agregó explícitos mensajes demoníacos como los de “Iron Maiden” (666, The Number of the Beast), “Black Sabbath” (Heaven and Hell), “Venon” (In league with Satan), y muchos otros más.

Buscando una estética acorde con esa música, el joven “Dj” decidió estampar sus remeras con símbolos del ocultismo y la demonología. Para ello recurrió a varios libros cuya lectura terminó de perturbar su personalidad, especialmente La Biblia Satánica de Anton Szandor LaVey. A pesar de su título, este texto -distribuido por la “Iglesia de Satán”- no era ni una “Revelación” ni una “Escritura Sagrada”, sino sólo un compendio de principios que no resistían el menor análisis histórico. Sin embargo, Gonzalo quiso creer que “Satán” era el más poderoso de los Arcángeles, y que el Satanismo era un código de vida liberal, donde la complacencia y la gratificación física, mental y emocional, reemplazaban las privaciones y sacrificios exigidos por otros credos. En realidad, el joven transgresor vislumbró la oportunidad de liberarse de los dogmas inculcados en su niñez, y que ahora consideraba esclavistas. Sin pensarlo dos veces, decidió rebelarse contra el acatamiento a las autoridades eclesiásticas, y renegar de las beatas costumbres familiares. Pero, para que la liberación fuera completa, debía dejar de ser una simple oveja perdida en un inmenso rebaño. Entonces, inducido por su ego insaciable, se

autoproclamó Sacerdote de Satán. Sin embargo, como no hay liderazgo sin seguidores, todavía tenía por delante la compleja tarea de captar adeptos.

Con tiempo y recursos a su disposición, Gonzalo avanzó con su fantochada mística. Primero convenció a su padre de comprar la editora de “Castelar Nuestro” -una revista de alcance zonal-, con la secreta idea de transformarla en un medio de divulgación para textos vinculados con los “Nuevos movimientos religiosos”. Luego, en la web de esa misma revista, abrió un anexo: “Religiones y sectas”, al que saturó con información de la “Iglesia de Satán”. De esta forma, intentaba detectar y contactar posibles adherentes. Asimismo, para cubrirse de posibles represalias, Gonzalo radicó los dominios de esta web en Bahamas, el paraíso fiscal y legal preferido por los abogados de su padre.

Fiel exponente de una generación más propensa a copiar que a crear, el joven Gómez Rioja ingresó a [iglesiadesatan.com](http://iglesiadesatan.com) y plagió su estética (roja y negra), su símbolo (Baphomet), y parte de su contenido: historia, doctrina, preguntas frecuentes, etc.). En la “versión adaptada” por Gonzalo podía leerse:

→ *La Iglesia de Satán, en Castelar, adopta la figura de Satán como símbolo de rebeldía, ambición e individualismo.*

→ *Nuestra Iglesia está basada en la celebración de las gratificaciones carnales y la búsqueda de la felicidad material y el éxito, dejando de lado la falsa moral y la fe ciega.*

→ *Satán no es un ser real existente, o una criatura sobrenatural, sino un concepto, una idea antigua, universal y poderosa.*

→ *Los satanistas nos formamos para ser líderes; somos individuos ambiciosos y vamos a ser amos del mundo.*

Por medio de estas fachadas, Gonzalo contactó a un puñado de jóvenes interesados en el tema. Pero aún le faltaba lo más difícil: lograr que esos posibles adeptos aceptaran su liderazgo y la autoridad de su supuesta investidura sacerdotal. A tal efecto, con la voluntad y el esfuerzo que nunca dedicó a sus estudios secundarios, comenzó a investigar lo vulgarmente conocido como “lavado de cerebro”. Es decir, la aplicación de técnicas de persuasión para modificar las creencias, pensamientos y comportamiento de un individuo. Leyendo a Margaret Singer, Gonzalo descubrió que la persuasión coercitiva podía ser más efectiva que las amenazas, la tortura, el dolor y las drogas. Con estas técnicas era posible cambiar las actitudes y la conducta de una persona sin su conocimiento o su voluntad. En consecuencia, este método de captación tan utilizado por las sectas, era la herramienta que Gonzalo había estado buscando para embaucar incautos.

## **CAPÍTULO (II): LAVADO DE CEREBRO**

En la década del 90, la calle Malvinas, casi en el límite con Ituzaingó, mostraba un ramillete de humildes jardines engalanados con malvones, hortensias y perfumadas glicinas. Lejos de las preocupaciones de los vecinos, que reclamaban por la falta de asfalto, los chicos se divertían en

aquel apacible rincón de Castelar, alejado de la estación. Así, mientras Joaquín y Gonzalo jugaban a la pelota sobre la calle de tierra, Ema -la vecinita pelirroja- paseaba en bicicleta.

Pero aquella idílica infancia no duró para siempre. Cansada de los golpes que le propinaba su marido alcohólico, la madre de Joaquín Olites abandonó su casa y a su hijo. A partir de entonces, sin haber terminado la escuela primaria, aquel chico debió aprender a sobrevivir por las suyas. Más temprano que tarde, cayó en la adicción del “paco” y –para pagar ese consumo- empezó a robar. El arrebato y la rápida fuga, acompañada por una carita de “yo no fui”, se transformó en su “modus operandi”. En el país donde se robaban más de seis mil celulares por día, Joaquín tenía su sustento asegurado.

Con el tiempo, sus genes vascos, le dieron la oportunidad de ganar dinero adicional, jugando y apostando a la pelota paleta. Más tarde, cuando se puso de moda el paddle, un amigo lo contrató como pareja para jugar torneos de dobles. Se trataba de “Pintita” Gómez Rioja, el mismo Gonzalo Gómez con quien –durante la infancia- solía jugar en la calle de tierra. Pero, como su padre había amasado una sospechosa fortuna, ahora tenían un caserón en el country “Majestic” y usaban doble apellido. Dado que “Pintita” quería destacarse a cualquier precio, el “vasco” Olites decidió cobrarle viáticos para ayudarlo a ganar trofeos. Como parte del entrenamiento, esta pareja de paddle solía jugar contra Marcelo Bustos y “Rulo”, dos empleados de la familia Gómez Rioja, en cuyo bar –“Kuklux”- los cuatro compartían el tercer tiempo, posterior a cada partido de práctica.

Aquella camaradería duró hasta que reapareció Ema Sanger –la vecinita de la calle Malvinas- y provocó el enfrentamiento entre Joaquín y Gonzalo. La pelirroja había compartido la secundaria, en el colegio Alberdi, con Gonzalo y –durante un tiempito habían sido “amigovios”. Al reencontrarse, -ella ahora devenida en chica “punk”, con crestas, tatuajes, piercing en los labios y muñequeras de cuero con tachas de metal, y el “Vasco” Joaquín, sobreviviente de una conflictiva adolescencia-, sintieron que tenían una asignatura pendiente e iniciaron un turbulento romance.

Joaquín era muy celoso y no soportaba que su novia viviera y trabajara en una casa que le había prestado Gonzalo. La propiedad en cuestión era un tétrico loft, con paredes descascaradas, vidrios pintados de negro y colchones en el suelo. Cerca de la entrada, había un ambiente con posters de personajes cadavéricos, con trajes extravagantes, crestas de pelos multicolores y piercings varios. Bajo una potente lámpara, había un taller de tatuajes, con una autoclave esterilizadora y gran variedad de agujas y tintas. En la galería de fotos con los trabajos terminados, predominaban los símbolos satánicos, como Baphomet, la cruz invertida, el cuerno druida, la cabeza de cabra y otros similares, que evidenciaban la vocación de Ema por las ciencias ocultas. En otro rincón había un altar en el que -debajo de una imagen de la Cabra de Méndez- había una mesa negra, con una calavera y una daga ceremonial. Más que un hogar, el lugar parecía el templo de una sacerdotisa satánica.

Alternando momentos de pasión y fuertes peleas, la pelirroja fue inculcándole a Joaquín sus propias convicciones. Poco a poco, la manipulación mística fue logrando resultados y, finalmente, el “Vasco” aceptó que Satanás era el más poderoso de los Arcángeles. A partir de entonces, la pareja adoptó al Satanismo como un estilo de vida rebelde -sin restricciones

sociales, morales o éticas- donde cada individuo era dueño de hacer lo que quisiera, dando rienda suelta a sus instintos. Con el correr del tiempo, el “Vasco” Olites fue contactado por el mismo sacerdote satánico que ya había adoctrinado a Ema. En forma gradual pero efectiva, este misterioso sacerdote lo fue convirtiendo en alguien tan sumiso que terminó aceptando órdenes para realizar las más siniestras acciones. Primero fueron sacrificios rituales de animales, pero luego –sucesivamente- las víctimas fueron una pareja de negros y otra de judíos. Tras cometer estos crímenes en Castelar, Joaquín comenzó a tener alucinaciones y comportamientos extraños. Sentía angustia, ahogos y un fuego que le quemaba por dentro. Tenía visiones misteriosas que sólo veía él. Escuchaba voces, casi siempre en idiomas extraños. Fue entonces que decidió alejarse de la “Bruja” Ema y refugiarse en la casa de su madre. Cuando “Rulo” y Marcelo Bustos, sus amigos y rivales de paddle, se enteraron de esta dramática situación, fueron a visitarlo y –ante la imposibilidad de ayudarlo- lo convencieron de consultar a un cura.

– “Joaquín está poseído por el demonio” –afirmó el padre Juano. Y, tras su terrible diagnóstico, consideró imprescindible someterlo al “Ritual de exorcismo”. Es decir, recurrir a un sacerdote facultado para utilizar el poder conferido por Cristo para expulsar a los demonios en su nombre.

Joaquín aceptó pedir perdón por sus pecados y se sometió a una ceremonia en la que leyeron la Biblia, rezaron una letanía de los santos y otra larga oración a Dios. Finalmente, el sacerdote hizo una conjuración al Demonio, ordenándole salir del cuerpo de aquel muchacho.

Si bien el exorcismo no es una cura sino una liberación, Joaquín comenzó a recuperarse y encontró apoyo en una chica de la parroquia.

Cuando “Satán” le informó a Ema que Joaquín había cometido una doble traición –renegar del satanismo y serle infiel a ella- y le ordenó eliminarlo, ella aceptó y lo mató a cuchillazos con su daga ceremonial.

Luego de cometer otro asesinato más, Ema Sanger fue apresada, juzgada y condenada. Su defensa nunca pudo probar que actuaba bajo los efectos de la persuasión coercitiva de un misterioso sacerdote de “Satanás”.

### **CAPÍTULO (III): CITA FALLIDA**

A pesar de su vasta experiencia periodística, Jorge Osvaldo Domecq se sentía como un escritor primerizo frente a la hoja en blanco. Si bien sus crónicas policiales de Los crímenes de Castelar habían tenido gran aceptación entre los seguidores de “Castelar Digital”, ahora estaba incursionando en un terreno virgen para él: la versión novelada de esos hechos reales. Domecq soñaba con seguir el camino que Truman Capote inició con A Sangre Fría, cuando revolucionó el periodismo de los años 60. El autor americano había utilizado la narración de un hecho real, el asesinato de los Cuttler, para construir una novela con carácter verídico. Así, focalizándose en la recopilación de datos, logró reconstruir los hechos y mostrar la realidad entrelazada con la ficción. Si bien se trataba de una zanahoria imposible de alcanzar, Domecq decidió releer esa obra, esperando que –aunque fuera por

ósmosis –algo de aquel talento iluminara sus veteranas neuronas. Luego, con perseverancia, revisó sus propios apuntes sobre los crímenes de Castelar, y fue anotando los “huecos”, es decir la información faltante que debía buscar. Lamentablemente -en la mayoría de los casos- esos datos estaban guardados en la memoria de los protagonistas y -para acceder a ellos- se requería la buena voluntad de esas personas.

La más importante de aquellas posibles fuentes de información era la propia comisario Anahí Aberanda, quien había liderado la búsqueda y captura de los asesinos. Como no hay peor gestión que la que no se encara, Domecq la llamó, le explicó sus planes y la invitó a cenar para charlar del caso. Por esas cosas raras que tiene la vida, Anahí aceptó la invitación.

El viernes siguiente, cinco minutos antes de la hora acordada, Domecq ingresó a la “Recoleta de Haedo” y se sentó a la mesa previamente reservada. Durante un par de días había estado pensando en aquella reunión, repasando cada detalle: desde la información que necesitaba, hasta la ropa que se pondría. Lo mejor de su guardarropa eran las corbatas -un caro hobby que había tenido en épocas mejores - pero ya nadie iba a cenar con corbata, y menos en un restaurant donde también servían pizza. Finalmente, decidió ir con un saco sport negro, camisa lisa de mangas largas, jeans azules y mocasines. A pesar de su esfuerzo, a primera vista, lo que más llamaba la atención eran los gruesos vidrios de sus imprescindibles anteojos.

Casi puntual, apenas un cuarto de hora tarde, llegó la joven comisario. Estaba elegantísima con unos tacos bien altos, jeans elastizados y una blusa blanca, sin mangas, que dejaba al descubierto un pequeño tatuaje sobre su hombro izquierdo. Pero lo más impactante era su mirada. A pesar de estar apenas maquillada, las pestañas renegridas resaltaban aquellos ojos color miel.

Olvidando que ya era un dinosaurio herbívoro, el septuagenario pensó: - ¡Lástima que no sea una cita!

Domecq repasó mentalmente los temas que no debía mencionar, por obvios o polémicos: el clima, la inseguridad, la política y –especialmente- el divorcio de ella. Entonces, carente de originalidad, comenzó preguntándole sobre lo que deseaba comer y el vino que prefería. Una vez que el mozo les tomó el pedido, Domecq agradeció la predisposición de Anahí a colaborar con su novela, y ella le respondió que no podía ser de otra manera, ya que él la había ayudado a resolver el caso “Zocas”.

Dado que se trataba de un expediente ya cerrado, la comisario se explayó sobre detalles desconocidos por el periodista, mientras éste la grababa con su celular.

Cuando recibí el papeleo de los dobles crímenes de Castelar – comenzó Aberanda- me concentré en el análisis de los mails de los dos presuntos asesinos que se disputaban la autoría. Me focalicé en el primer mensaje, y el rastreo informático nos llevó hasta usted. Entonces –como recordará- allanamos su casa, incautamos su pc y lo detuvimos.

- Mis gatos y yo lo recordamos bien –bromeó Domecq.
- ¡Cierto! Sus gatos... ¿Se los está cuidando su vecina?
- No. Hoy no pienso regresar tarde –dijo el miope y, en el acto, se arrepintió de su espíritu perdedor.

Retomando su narración –la comisario agregó:

- Además de usted, detuvimos a sus amigos Bustos y Caron, y al

dueño de “Castelar Digital”. Pero, como Zocas volvió a matar mientras ustedes estaban detenidos, quedó en claro que el asesino era otra persona y estaba libre. No obstante, gracias a sus testimonios confirmé que el “Zodiac de Castelar” estaba imitando al asesino serial de California. Este dato fue fundamental para el resto de la investigación.

Luego de tomar un sorbo de vino, Anahí continuó:

- La pista del segundo mensaje me llevó hasta la revista “Castelar Nuestro” que Gonzalo Gómez Rioja editaba desde el country “Majestic”.

- Yo también tuve sospechas sobre “Castelar Nuestro”– interrumpió Domecq– y me desilusioné cuando ustedes abandonaron esa pista.

- Es que sólo encontramos meras coincidencias.

-¿Cuáles?

- Por ejemplo, la web de “Castelar Nuestro” está instalada en el mismo servidor utilizado para abrir la cuenta en Bahamas que utilizó “Zocas”.

- ¿Y eso es mera coincidencia? -interrumpió el periodista.

- Se trata de un proveedor radicado en Irlanda con decenas de miles de clientes.

- Pero habiendo millones de servidores a lo largo y ancho del mundo, es muy pequeña la probabilidad de que el remitente y el receptor del mensaje hayan contratado al mismo proveedor.

- Eso es lo que pensé, y por eso detuve a Gonzalo Gómez Rioja, hijo del dueño y, a su vez, director de la revista.

- ¿Pudo interrogarlo?

- En eso estaba cuando “Zocas” volvió a matar y quedó demostrado que Gonzalo no era el asesino. De inmediato, los abogados de la familia Gómez Rioja se llevaron al muchacho. El resto ya lo sabe, gracias a una muestra de ADN -encontrada en las escenas de los primeros crímenes - identificamos que Joaquín Olites era “Zocas”, pero -antes de atraparlo- su novia despechada, Ema Sanger, lo mató. Ella confesó y está presa. Fin de la historia.

- ¿Cree que el de Ema fue sólo un crimen pasional?

- Fue un crimen pasional con agravantes, ya que ella se creía una sacerdotisa satánica.

- Pero el satanismo también vincula a Ema con Gonzalo y él quedó libre.

- Gonzalo es uno de los tantos adolescentes que leen libros satánicos. Pero no tuvo nada que ver con los asesinatos.

- ¿Está segura?

- ¡Sí! Porque se lo pregunté a la propia Ema Sanger.

- ¿Y si mintió? –insistió Domecq.

- ¿Pero usted cree que si yo fuera tan estúpida hubiera llegado a comisario? –respondió ella malhumorada.

- ¡Discúlpeme, por favor! Es que estando Joaquín muerto y Ema presa recibí una amenaza de “Zocas”.

- ¿De “Zocas”?

- ¡Sí! Llamó a mi celular y dijo textualmente: ¡Soy “Zocas” y voy por ustedes!

- ¿Ustedes?

- En ese momento yo estaba con Bustos y Caron -aclaró él.

La comisario abrió los ojos como “dos de oro” y enmudeció.

## **CAPÍTULO (IV): CÁRCEL DE MUJERES**

Luego de la cena en Haedo, Anahí había accedido a tomar una copa en la casa del solterón, en Liniers. Un vaso de vodka había seguido a otro, una broma de doble sentido a otra, un ronroneo romántico a otro, una insinuación a otra, hasta que el veterano periodista –olvidando que la diferencia etaria superaba las tres décadas– se animó a besarla. Cuando los labios comenzaban a jugar ansiosamente, los tres gatos -como en un ataque de celos- se abalanzaron sobre la cara de la pobre Anahí y le arrancaron la piel a zarpazos. Viendo aquel rostro desfigurado y cubierto de sangre, Domecq pegó tal alarido que se despertó. Pero en ese breve lapso entre sueño y vigilia, sus gatos comenzaron realmente a maullar asustados, conformando una escena surrealista.

Tras una larga ducha, Domecq recordó que la noche anterior Aberanda había decidido tomarse un taxi y regresar sola a su casa. Por lo tanto, la botella de vodka vacía, que estaba en el suelo, significaba que se la había terminado él solo.

Como nunca intentaba interpretar sus sueños, decidió olvidarlo y prepararse un café bien cargado. Mientras calentaba el agua, prendió el televisor y -en grandes letras blancas sobre un fondo rojo- leyó: “Escándalo en la cárcel de mujeres U3 de Ezeiza”. -Ahí está Ema Sanger- pensó y decidió visitarla. De inmediato, sosteniendo el café con su mano izquierda y utilizando la mano derecha para tipear en su notebook, buscó: “PROCURACIÓN PENITENCIARIA DE LA NACIÓN”. Una vez abierta esa web, seleccionó “Visitantes” y se enteró de que debía gestionar una “tarjeta de visita”, para lo cual era necesario presentar DNI, Certificado de domicilio, Certificado de antecedentes y 3 fotos carnet.

Como ese trámite le insumió casi todo el día, decidió regresar a su casa, acostarse temprano y dejar la visita a Ema para la mañana siguiente.

Tras disfrutar las imágenes de la añosa arboleda que bordea la autopista a Ezeiza, dobló en dirección a Cañuelas y encontró la cárcel, tristemente famosa por albergar también a represores de la dictadura militar. Al comparar ese edificio con el del hospicio de Luján, comprendió que los delincuentes reciben mejor atención que los enfermos mentales. Incluso había un jardín de infantes para los hijitos de las detenidas. Sin embargo la burocracia era igual de ineficiente en toda la administración pública. Para ingresar a la superpoblada “U3”, la unidad de máxima seguridad, Domecq tuvo que soportar una larga espera bajo los inclementes rayos del sol, luego lo sometieron a una estricta inspección con detectores de metales y escaners corporales. Tampoco omitieron el incómodo toqueteo, en busca de algo oculto, que pudiera no haber sido detectado por los equipos electrónicos. Finalmente, luego de completar los abusivos procedimientos que –en aras de la seguridad- habían redactado burócratas que nunca visitaron una cárcel- Domecq ingresó a la sala de vistas y, tras otra larga espera, apareció una guardia cárcel acompañando a una chica rapada y tatuada que debía ser la pelirroja. Estaba flaca y ojerosa, vestida con una musculosa negra y pantalón de jogging.

Mientras Ema miraba con recelo a aquel desconocido, miope y con unos lentes de vidrios gruesos como culo de botella, él se presentó:

- Mi apellido es Domecq y soy periodista.
  - ¿Qué quiere? –respondió ella, de mala gana.
  - Estoy escribiendo sobre tu caso y quería entrevistarte.
  - ¿Mi caso?
  - Los crímenes satánicos en Castelar.
  - ¡Ni loca hablo de eso! –reaccionó ella y agregó: - Acá creen que maté porque me violaron. Gracias a eso no me tratan peor.
  - Comprendo. Pero me han dicho que soy tu primera vista en todos estos meses que llevás presa. También me comentaron que para conseguir cosas esenciales dependés de otras internas. Yo podría ayudarte.
  - Mire don, yo no lo conozco y no confío en desconocidos.
  - ¿Por qué no me das una oportunidad? Hagamos una prueba.
- ¡Probame!
- Ok. Aquí pasan cosas que afuera no se conocen. Si usted las publica, yo después podría contestarle algunas preguntas.
  - De acuerdo. ¿Qué querés que publique?
  - Por ejemplo, ayer, entre varios guardia cárceles -hombres y mujeres- le dieron una paliza, con patadas, trompadas y palazos, a una embarazada.
  - ¿Tenés el nombre de ella?
  - Se llama María Acosta y tiene 26 años.
  - ¿Qué había hecho María?
  - Firmó un “hábeas corpus” denunciando las violencias a que nos someten.
  - ¿A vos también?
  - ¡Por supuesto! ¿Se cree que yo me hubiera rapado el pelo colorado natural? Me lo hicieron ellas, de mala leche. Pero lo de María es peor porque puede perder el bebé.
  - De acuerdo, yo ahora salgo, tipeo la nota y se la paso a un colega. Una vez que haya sido publicada, vengo, te la muestro y charlamos.
  - ¿De acuerdo?
  - Ok.
  - Chau.
  - Chau.

Una vez que “Castelar Digital” publicó la nota de Domecq, comenzaron a llover los llamados al veterano periodista. Pronto su denuncia sobre la violencia en la “U3” de Ezeiza se propagó como un incendio de pasto seco. Cuando el tema llegó a los grandes medios de comunicación nacionales, las autoridades tuvieron que reaccionar. La Procuración Penitenciaria de la Nación envió un médico para revisar a María Acosta y –al confirmar sus heridas- las autoridades del penal fueron removidas.

Al día siguiente, cuando Domecq regresó a la “U3” de Ezeiza, las presas lo recibieron como a un héroe. Algo así como un “Clark Kent” del subdesarrollo. A su vez, Ema pasó a ser la versión carcelaria de “Lana Lang”.

Como los guardia cárceles también habían estado disconformes con la anterior Dirección, ahora comenzaron a ver con mejores ojos a Ema y a Domecq.

El periodista no solo logró que lo dejaran ingresar con algunos artículos de uso personal para Ema, sino que además fue autorizado a grabar sus entrevistas con la pelirroja rapada.

- Comencemos por el principio. ¿Cuál era tu relación con Joaquín Olites? – preguntó el periodista.

- Éramos amigos de la infancia y en el último año comenzamos a salir y a convivir.

- ¿Quién de los dos fue contactado primero por los satanistas?

- Yo. Luego, cuando ya vivíamos juntos, Joaquín se sumó.

- ¿Seguís en contacto con la secta?

- ¡No es una secta! –protestó ella.

- ¡Perdón! No fue peyorativo. No quise ofenderte.

- Bueno. Mi único contacto eran las llamadas de Satán.

- ¿Satán?

- ¡Sí! Ese es el nombre del sacerdote que me adoctrinó.

- ¿Cómo es?

- Nunca lo vi.

- ¿Sabés su verdadero nombre?

- ¡No!

- ¿Podés ubicarlo?

- ¡No! Él nos contacta. Es una organización secreta.

- ¿Con Joaquín pasaba lo mismo?

- Sí. Pero el contacto con Satán es individual.

- ¿Entonces, nunca fuiste a reuniones?

- No.

- ¿Gonzalo también es satanista?

- ¡No!

- Pero en “Castelar Nuestro” publicó notas sobre sectas.

- Pero no de satanismo.

- ¿Cómo “Dj” no pasaba rock satánico?

- Él pone la música que quiere la gente.

- ¿Por qué mataste a Joaquín?

- Me lo ordenó Satán.

- ¿Y no pudiste negarte?

- ¡No, no pude! ¡Nadie puede! Él se mete en tu cabeza y vos hacés lo que pide. ¡Sí o sí! Además, yo le di a Joaquín una muerte rápida. Por haberse exorcizado merecía morir desangrado, gota a gota.

La finalización del horario de visitas interrumpió la charla entre el periodista y la asesina.

## **CAPÍTULO (V): EL SICARIO**

- Si te pagan, hazlo – dijo su madre.

Entonces, Juan Gaffi mató por encargo, y se convirtió en el sicario más joven de Rosario.

Para Juany la violencia era una tragedia heredada. Ya conocía la muerte. Había visto a su padre morir acribillado, en la propia puerta de su casa. Por eso, no se sentía culpable por el asesinato que acababa de cometer. El joven consideraba que el verdadero y único responsable era el que había

contratado sus servicios.

Juany había nacido en la desgarradora pobreza del cordón de miseria rosarino. En un barrio sin agua, sin cloacas, sin luz, sin gas, sin asfalto, sin escuelas, sin hospital y –fundamentalmente- sin trabajo. Un barrio donde los pobres engendran pobres. Un barrio donde nacen muchos chicos, pero pocos sobreviven. Un barrio donde la injusticia es el caldo de cultivo para la espiral de violencia.

Tras el asesinato de su esposo, la madre de Juany formó pareja con Nacho Cruz, un ex policía exonerado, cuya influencia fue nefasta para su nuevo hijastro. Nacho era un empresario del crimen, un intermediario que se encargaba de reclutar chicos y muchachos para transformarlos en sicarios. Los seleccionaba, los entrenaba, los contactaba con los clientes y les proporcionaba armas, movilidad y el posterior refugio. Nacho también les proveía la droga necesaria para que en aquellos jóvenes aflorara un escalofriante desprecio por la vida propia y ajena.

Antes de su primer “trabajo”, Juany –junto a un grupo de muchachos- pasó semanas recluido en un aislado establecimiento rural, donde Nacho les inculcó los rigurosos códigos de obediencia y silencio, y los entrenó en manejo de armas y prácticas de tiro al blanco.

Por su servicio de intermediación y protección, Nacho se quedaba con un porcentaje de cada “contrato” ejecutado por sus sicarios. Además, les descontaba el alquiler del arma y del vehículo utilizado, como así también la deuda por la droga consumida. A pesar de estas considerables quitas, Juany recibía mucha más plata que la que podría obtener legalmente, pero todo ese dinero se le escurría entre los dedos. El quinceañero disfrutaba comprando y luciendo ropa y calzado de primeras marcas, ostentando celulares de última generación, regalándole modernos electrodomésticos a su madre y rodeándose de chicas fáciles.

En esta caótica etapa, la vida de Juany estaba atravesada por una ambigua religiosidad: se convirtió en devoto de María Auxiliadora, cuya imagen lo acompañaba en los tres escapularios que colgaban de su cuello. A esta virgen le pedía protección y –más concretamente- que le garantizara buena puntería y la exitosa ejecución de sus “contratos”. Tal vez su ignorancia le impedía comprender la irracional contradicción ética de invocar a la virgen para cometer un asesinato. Además, nunca sintió necesidad de confesar sus muertes. Juany creía que el que debía confesarse ante el cura era quien lo había contratado para matar.

Su primera víctima había sido “Garza”, otro adolescente que también trabajaba para Nacho, pero que -apresado y apretado - estaba dispuesto a declarar contra su patrón. Justo en el momento en que la policía lo estaba por trasladar a Tribunales, y antes de que “Garza” lograra entrar al patrullero que lo esperaba, una moto irrumpió a toda velocidad por la vereda. Mientras la víctima esbozaba una mueca de incredulidad, Juany apuntó y disparó, acertando un definitivo balazo entre aquellos ojos celestes. – “Nunca se muerde la mano que te da de comer” -pensó y, tan rápido como había llegado -antes de que los custodios lograran disparar sus armas- la moto dobló en la esquina y desapareció. Sin embargo, por un error de novato, Juany se sacó el casco antes de tiempo y quedó grabado por una cámara de seguridad. Tiempo después, fue detenido. Con el aporte de un par de testigos, la justicia probó su participación como autor material de aquel crimen, pero no fue

condenado porque entonces sólo tenía 14 años y no era punible para la ley penal vigente.

A partir de aquella sentencia, protegido por su condición de inimputable, Juan Gaffi se transformó en un feroz asesino a sueldo.

La segunda víctima era un muerto viviente. Un hombre más envejecido que viejo. Una piltrafa humana que debió ser alto y corpulento pero ahora estaba flaco y encorvado. Su cara era amarillenta, huesuda y siniestra. Tenía un pómulo hundido y el otro surcado por una feroz cicatriz. Su cabello era ralo, pero las cejas tupidas escondían unos ojos hundidos en profundas ojeras. Con ropa ajada y maloliente, estaba sentado en el banco de una plaza, sólo, sin siquiera la compañía de las palomas. Juany se acercó y sin decir nada se paró frente a su víctima.- “¿Por qué querrán matarlo?” –pensó el joven sicario. Cuando las miradas se enfrentaron –una con insolencia y la otra con resignación- sacó el fierro y le disparó un tiro entre ceja y ceja. Tras mirar aquellos ojos abiertos, ya sin vida, dio media vuelta y siguió su camino.

Su tercera víctima fue la esposa de Nacho Cruz. Era una morocha de mediana edad, ni linda ni fea, una gordita pechugona, sin gracia, que caminaba desganada, acarreando las bolsas del mercado. – “¿Mamá tendrá algo que ver con esto?” -se preguntó Juany al recordar que su madre era la actual pareja de Nacho. Pero, sin esperar que su cabeza procesara la respuesta, se atravesó en el camino de la mujer y –mirándola a los ojos- le pegó un tiro en la frente. Fulminada, la víctima cayó, desparramando por la vereda las frutas y verduras que acaba de comprar.

El siguiente “contrato” era un combo que incluía a una pareja de amantes. Ella era una treintañera, morena y atractiva. Él era un galán sexagenario, flaco, bronceado y canoso. Juany los esperó a la salida de un hotel alojamiento. En cuanto las víctimas aparecieron, a bordo de un descapotado de alta gama, el joven sicario –con su frialdad habitual- disparó dos veces, una en el corazón de él y otra en el de ella. Al verlos muertos, el “Ángel Exterminador” ironizó: – “Billetera mata galán, pero bala mata billetera”.

Su sexta víctima fue un carnicero dueño de una cadena de locales utilizados como fachada para la reventa de droga. Se trataba de un hombre enorme y muy gordo, como un luchador de sumo. Con sus cachetes mofletudos, su nariz ancha y chata y su agobiante papada, tenía bien ganado el apodo de “Lechón”. Pero, a pesar de su aparente torpeza, con un cuchillo en la mano era un adversario de temer. “Lechón” solía reír con carcajadas estruendosas que intentaban disimular su cobardía. Vivía muerto de miedo. Se había metido en aguas demasiado profundas y ya no hacía pie. Aunque miraba con recelo a cada cliente, tratando de descubrir una posible amenaza, no desconfió de aquel muchachito que ya había venido a comprar bofe para su gato. Juany esperó pacientemente su turno y -cuando el carnicero le preguntó qué quería- el sicario respondió: - “Esto”, y -levantando el arma hasta la altura de la frente- le disparó un balazo entre los ojos. Bastó un solo tiro, certero y rotundo, para que la grotesca mole de grasa se desplomara sobre la mesada de mármol del mostrador.

La siguiente víctima fue un periodista. Con su moto, Juany lo siguió desde la radio hasta un canal de televisión. Cuando “Sanata” –ese era su apodo- bajó del taxi, el joven se le acercó sonriente, como uno de los tantos cholulos que piden autógrafos. Era un hombre robusto, pelado y de gruesos bigotes. Llevaba anteojos negros y un habano en la boca. Su estridente saco

amarillo contrastaba contra la camisa roja y el pantalón azul. El sicario sacó su revólver, le apuntó a la boca y le voló la cabeza. –“El pez por la boca muere”.- pensó Juany, mientras guardaba el arma y se mezclaba entre los curiosos que ya se abalanzaban sobre el farandulesco cadáver.

Juan Gaffi ya llevaba siete muertos, cuando lo contrataron para un atentado político. Debía balear la casa del gobernador de Santa Fe. Cierta noche, en el momento en que el funcionario se encontraba cerca del ventanal que daba a la calle -con la misma convicción y recaudos que las veces anteriores- el joven sicario acometió este crimen. Sin embargo, el diablo metió la cola y sus balazos no dieron en el blanco. Entonces, debió huir de esa provincia en guerra.

Luego de abandonar Santa Fe, y tras un período de incertidumbre, los contactos de Nacho Cruz, posibilitaron que Juany encontrara refugio en un confortable aguantadero, en una quinta de Parque Leloir, cerca del Acceso Oeste a la Capital Federal.

Fuera de Rosario, Juan Gaffi creía que su trabajo de sicario había acabado y debía empezar a delinquir por su propia cuenta. Sin embargo, ya en Buenos Aires, su nuevo mentor -el Doctor Guzmán- le ofreció un nuevo y sencillo contrato: quemar un auto.

## **CAPÍTULO (VI): QUEMA COCHES**

Una vez que Domecq terminó la primera versión de Los crímenes de Castelar, aún tenía por delante la difícil tarea de corregirla. Consciente de sus limitaciones, buscó ayuda profesional y –personas de su confianza- le recomendaron a la Licenciada Marianela Beade Harbin.

Primero la contactó por mail, luego por teléfono y, finalmente, ella lo recibió en su chalet de Ramos Mejía.

Fue un trabajo arduo pero productivo, que duró un par de meses y estuvo amenizado por las interrupciones de las pequeñas hijas de la joven profesional.

La corrección incluyó dos partes: la lingüística y la de estilo. La corrección lingüística permitió subsanar tanto los errores ortográficos (pocos en un periodista), como de tipografía (muchos en un miope). En cambio, la corrección de estilo resultó más dura de domar. Marianela revisó la sintaxis y la expresividad del texto, detectando pleonasmos, aliteraciones, ambigüedades y usos incorrectos de tiempos verbales. Pero, cuando sugirió estas correcciones, su veterano cliente exteriorizó reacciones propias de un viejo cascarrabias. Con santa paciencia, y resaltando las virtudes de la novela, la Licenciada logró consensuar una versión mejorada del texto original.

Luego de aprobar la versión definitiva, Domecq tuvo que incursionar en otro camino aún inexplorado: la edición del libro. Si bien en la web había innumerables propuestas, él buscaba un servicio integral, pero acorde con su presupuesto de jubilado.

Tras tediosas comparaciones y complejas evaluaciones, el novel autor optó por “Edicoop” una editorial cooperativa de larga y reconocida trayectoria. Esta propuesta incluía los servicios de impresión, difusión y venta del libro.

Tomada la decisión, Domecq se presentó en “Edicoop”, con un pendrive conteniendo copia de Los crímenes de Castelar, y en la editorial se ocuparon de la diagramación interior y del diseño de tapas, de la impresión de ejemplares cosidos

con hilo, distribución en librerías, venta por Internet y presentación, tanto en el salón de la editorial, como en la Feria del Libro.

Al recibir los ejemplares impresos, el flamante escritor no pudo evitar la tentación de olerlos con cariño. Al hacerlo, revivió los lejanos momentos compartidos en la redacción de aquel diario ya inexistente.

En forma complementaria a los servicios de la editorial, Domecq quería hacer una presentación en Castelar. Fue así que se contactó con Gabriel Colonna, de “Castelar Digital”, quien le recomendó el auditorio “Domus”, ubicado en Campana casi esquina Arias, cerca de la estación.

Cuando llegó el esperado día, a la hora señalada, confiado en el look intelectual que le aportaban sus gruesos anteojos, Domecq ingresó a “Domus”. Entre los invitados estaban sus amigos Caron y Bustos, su correctora Marianela Beade Harbín, la comisario Anahí Aberanda, el Licenciado Colonna de “Castelar Digital”, y las prestigiosas escritoras de la zona: María Rosa Lojo, Choly Berreteaga, Helena Okomsky, Belén Giamberardini, Cristina Talarico y Mónica Baldi.

Tampoco faltó Roberto, el peluquero de Carlos Casares, quien le había aportado información relevante sobre “Castelar Nuestro”.

La musicalización estuvo a cargo de “El surco loco”, y el servicio de catering, preparado por “Raula” de Ituzaingó, gratificó a invitados y público en general.

La Licenciada Beade Harbín efectuó la presentación formal de la obra, con una amena introducción al género policial, distinguiendo la escuela anglosajona (Poe, Conan Doyle, Ágatha Christie) de la escuela francesa (Gastón Leroux, Georges Simenon). Luego, se focalizó en la comparación entre la novela policial clásica y la novela testimonio -textos basados en hechos reales- como A sangre Fría, Operación Masacre y Los crímenes de Castelar. Finalmente, presentó a Jorge Osvaldo Domecq: “un lúcido novelista tardío, a quien las letras estuvieron esperando por más de sesenta años”.

Con los nervios de todo primerizo, el ahora novelista -que nunca había hablado en público- agradeció a los que de una u otra manera habían colaborado para que él se animara a dar ese enorme salto -sin red- desde el periodismo a la literatura. Sin embargo, algo fue cambiando y saliendo de los causes esperables. A medida que fue sintiéndose seguro de su nuevo rol, Domecq comenzó a incomodar a gran parte de los presentes. Especialmente cuando justificó su esfuerzo de escribir Los crímenes de Castelar como un manotazo de ahogado, un desesperado esfuerzo para alertar a los desprevenidos vecinos ya que “Zocas” nunca había sido capturando, sino que ese asesino serial seguía libre en Castelar.

- Quizás esté aquí, entre nosotros –concluyó en tono siniestro.

Antes de que Domecq terminara de revelar sus temerarias afirmaciones, la comisario Aberanda –por suerte, vestida de civil- se escurrió entre los presentes y abandonó “Domus”, para evitar una nueva discusión con ese viejo que se creía Sherlock Holmes.

Uno de los presentes preguntó si ese final abierto: “Soy Zocas y voy por ustedes”, podía interpretarse como un anticipo comercial, porque el autor ya tenía previsto escribir la saga.

- Voy a seguir escribiendo hasta que “Zocas” caiga o me mate, lo que ocurra primero- respondió Domecq, acrecentando el macabro interés de la audiencia por su flamante novela. Luego, agregó: los crímenes de Castelar existieron, son tan reales como ustedes y como yo. Cuatro de esos asesinatos los cometió el difunto “Vasco” Olites, y los otros tres la pelirroja “Sanger”, que está presa en Ezeiza. Pero ambos -tanto Olites como Sanger- actuaron por instrucciones de un tercero, que es el autor intelectual, y sigue libre. Tan libre y despreocupado que hasta se da el lujo de amenazarme.

- ¿Tiene idea de quién puede ser ese autor intelectual? –preguntó otro de los presentes.

- ¡Sí! Lo tengo identificado, y él lo sabe. Por eso me amenaza.

Tras el murmullo que invadió el salón, alguien preguntó si la justicia estaba al tanto de su denuncia.

- La policía no me cree. Consideran que no tengo pruebas suficientes.

Pero continuó investigando y –junto con mi amigo Bustos –estamos comprometidos en seguir nuestras pistas hasta el final. Ese es el único objetivo de esta etapa de nuestras vidas.

Estas frases de Domecq, expresadas de forma tan rotunda y convincente, lograron conmover a una audiencia que lo aplaudió con emoción.

- Si su objetivo era hacer marketing para su libro, ya lo logró con creces –comentó un malpensado.

A partir de sus explosivas declaraciones, los periodistas presentes intentaron entrevistar a este pseudo detective, tan miope como sensacionalista.

Domecq accedió, a condición de que también participara Bustos, el ex policía que fue el primero en relacionar los crímenes de Castelar con los de California.

Ya en la primera respuesta, Bustos causó revuelo entre los periodistas. Más precisamente, cuando enumeró en forma minuciosa las similitudes entre el comportamiento de “Zocas” y su mentor “Zodiac”. Evidentemente, se trataba de un sanguinario “copycat” local, que conocía los pormenores de lo sucedido en la década del 60, y lo repetía acá, con la misma impunidad.

A su turno, Domecq causó una conmoción aún mayor, cuando reveló que los asesinos de Castelar –Joaquín Olites y Ema Sanger- pertenecían a una secta satánica, a la que un cura intentó combatir recurriendo al exorcismo.

Cuando los periodistas dejaron de preguntar, para concentrarse en el envío de esas primicias a sus redacciones, ya la gran mayoría de los asistentes se había retirado. Entonces, Domecq se ofreció a llevar a Caron y Bustos hasta la casa de ella. Sus amigos aceptaron con la condición de que -en el camino- pararan en algún boliche, para compartir otro brindis por la exitosa presentación de la novela. Los tres amigos salieron de “Domus” y caminaron por la calle Campana hacia Los Incas, donde el escritor agasajado había dejado estacionado su viejo Peugeot. Al llegar a la calle que bordea las vías, les llamó la atención ver los camiones de bomberos, cuyas sirenas habían escuchado un rato antes. Mientras un olor acre invadía el lugar, las luces giratorias de las autobombas iluminaban los remolinos de fuego y humo negro. Angustiado, Domecq intuyó que su auto debía estar muy cerca del incendio. Unos pocos pasos más adelante, descubrió que el que ardía era su querido “404”. Sin poder evitarlo, puteó en voz alta:

- ¡Maldito “Zocas”, la puta que te parió!

## **CAPÍTULO (VII): PIRÓMANOS**

- Lo más probable es que haya sido algún “quema coches” –dijo el Jefe de Bomberos.

- ¿Quema coches? –preguntó sorprendido Domecq.

- ¡Sí! Lamentablemente, en esta zona, hay una barrita que se divierte quemando autos estacionados. Hemos tenido que acudir a varios de esos incendios intencionales, pero siempre los vehículos terminan incinerados. Como el suyo. En lo que va de este año ya quemaron más coches que en todo el año pasado. El “*modus operandi*” de los agresores es casi siempre el mismo: bañan la carrocería con alcohol fino, lo encienden y el fuego se propaga rápido, sin dejar huellas. Generalmente atacan a la madrugada.

- ¡Pero al mío lo quemaron a medianoche!- interrumpió Domecq.
- Así es. También hay otra diferencia En su caso utilizaron una bomba “molotov” que arrojaron debajo del motor, lo que produjo una inmediata explosión.
- ¿Entonces no son los mismos?
- Escuche. La utilización de “molotov”, para quemar autos, no es una novedad, ya se ha usado en varios casos registrados en Capital. Lo nuevo sería que los pirómanos locales hayan comenzado a copiar ese método.
- ¿Pero podría tratarse de otra gente?
- Es posible pero poco probable. Los “quema coches” siempre atacan en su propio barrio, cerca de sus casas y los objetivos no son al azar, sino elegidos previamente.
- Pero yo nunca antes había estacionado acá -insistió el damnificado.
- Tal vez sea la excepción a la regla.

Ante la falta de certezas por parte de los investigadores, Domecq se retiró convencido de que detrás de ese atentado incendiario estaba “Zocas”, o Gonzalo Gómez Rioja, o “Pintita”, o como carajo quisiera hacerse llamar el autor intelectual de los crímenes de Castelar.

Esa misma tarde, un mensaje telefónico confirmó sus sospechas:

- Soy Zocas. Chau Peugeot.

Lamentablemente, antes de pensar en “Zocas”, Domecq tenía que enfrentar a los mercenarios empleados de la compañía de seguros. Si bien tenía contratada una póliza contra incendio de su automotor, la cobertura no era total sino parcial. Eso implicaba un durísimo regateo para determinar el monto del resarcimiento económico. Al tener que aceptar un desventajoso acuerdo, se sintió estafado, como la mayoría de la gente común que debe pasar por esa experiencia.

En un intento por recuperar su alicaída autoestima, el periodista devenido escritor, decidió focalizarse en algo positivo: la presentación de su novela en el salón de “Edicoop”. Luego de coordinar la fecha y el horario, el departamento de marketing de la editorial se encargó de las invitaciones y de la difusión del evento, poniendo especial énfasis en las palabras satanismo y exorcismo.

El día acordado, con su puntualidad habitual, Domecq bajó del taxi que lo llevó hasta Azara al 1200, en Barracas. A diferencia de lo sucedido en “Domus”, la gran mayoría de los asistentes eran desconocidos. La presentación estuvo a cargo del gerente de “Edicoop”, quien comenzó resaltando los logros de la cooperativa, aún más destacables dada la crisis económica que atravesaba el país y –muy especialmente- la industria editorial. Pero su alocución fue interrumpida por los gritos de: -¡Fuego! ¡Fuego!.

Pese a que por micrófono se pedía calma, los asistentes protagonizaron una estampida que se estrelló contra la salida. Los primeros en llegar a la puerta fueron aplastados por los que los seguían. A su vez, los que caían eran pisoteados por los rezagados. El incendio comenzó en los depósitos, donde se apilaban varias toneladas de papel en resmas o en forma de libros, y –rápidamente- se expandió a las oficinas, el local comercial y el salón de actos. Luego, se propagó a viviendas vecinas. La rápida llegada de los bomberos impidió el derrumbe del techo y una catástrofe aún peor. Ocho personas resultaron heridas de gravedad durante la avalancha, y varias más se intoxicaron con el humo, incluyendo dos bomberos voluntarios. Los daños materiales fueron enormes. Jorge Osvaldo Domecq sufrió un principio de asfixia y tuvo que ser trasladado en ambulancia. Cuando ya se encontraba en la guardia del hospital, recibió el siguiente mensaje en su celular:

- Soy Zocas. Chau libro.

A la mañana siguiente, cuando le dieron de alta, Domecq tomó un taxi hasta Liniers. Al llegar a su casa, se le abalanzaron los tres gatos hambrientos, maullando por su comida. Para no hacerlos esperar más, optó por darles alimento

balanceado. Abrió una alacena –cerrada con llave a prueba de felinos- sacó la bolsa y llenó los tres recipientes. Ahora era el momento de dedicarse a sí mismo. Como olía a humo y temía contagiarse gérmenes hospitalarios, decidió darse una interminable ducha escocesa, uno de sus pocos placeres a esta altura de su vida.

Durante la ducha, pensó en comer afuera, pero sobre la marcha mejoró esa idea. Llamaría a Bustos para almorzar juntos en “Tarzán”, y así contarle personalmente el nuevo atentado de “Zocas”.

Cuando uno de los nuevos vagones del Sarmiento lo dejó en Castelar, el novelista creyó estar en una estación bombardeada. Las topadoras del “progreso” habían demolido un histórico edificio que albergaba recuerdos de varias generaciones. No sin peligro, caminó entre las vías y apareció en la esquina del tradicional bodegón, donde ya lo esperaba su amigo, el loco más cuerdo que hubiera conocido.

Bustos estaba sentado, mirando un televisor que –en ese momento- mostraba el incendio de la cooperativa, en Barracas.

- ¡Fue “Zocas”! -dijo Domecq, a modo de saludo.

- ¿Qué?

- “Zocas” también quemó mi auto.

- ¿Estás loco? –le recriminó Bustos.

- “Zocas” me llamó dos veces –respondió Domecq. - La noche de “Domus” me dejó un mensaje: “Soy Zocas. Chau Peugeot”. Anoche volvió a llamar para decirme: “Soy Zocas. Chau libro”.

- ¿Estás seguro?

- ¡Por supuesto!

- ¿Le avisaste a la Comisario Aberanda?

- ¿Para qué? Si no me cree.

La conversación se interrumpió porque el dueño del local se les acercó para ofrecerles el plato del día. Los dos amigos aceptaron y el hombre se retiró hacia la cocina.

- ¿Entonces, qué pensás hacer?

- En este momento lo estoy consultando con un ex policía –bromeó.

- Un ex policía acusado de locura –replicó Bustos, siguiéndole la broma.

- Como dicen los futboleros, “la mejor defensa es el ataque”. Por eso voy a tratar de vincular a Gonzalo Gómez Rioja con las dos amenazas telefónicas y con las escenas de estos dos atentados incendiarios. Además, voy a ponerlo nervioso. Yo también voy a mandarle “SMS”.

- ¡Tené cuidado! Esa familia goza de impunidad y sus abogados son de temer. Me consta que recurren a los servicios de inteligencia para pinchar teléfonos y escuchar conversaciones.

- ¿Entonces?

- No te apures. Vayamos paso a paso. Cuatro ojos ven más que dos. Empezamos esto juntos y lo seguiremos juntos. Si “Zocas” decide atacarte, también tendrá que vérselas conmigo -dijo el ex sargento.

- “Todos para uno y uno para todos!” –bromeó Domecq.

## **CAPÍTULO (VIII): MAFIA CHINA**

Tras quemar un auto frente a la estación Castelar, Juany fue contratado para incendiar un depósito ubicado en Azara al 1200, en el barrio de Barracas. Como

en el caso anterior, utilizó las bombas “molotov” provistas por la gente del Doctor Guzmán. La repercusión periodística que tuvo este trágico atentado, le proporcionó cierto prestigio en aquel submundo del hampa. Fue por eso que le asignaron un trabajo de mayor responsabilidad: asesinar a un supermercadista chino. Para este contrato, Juany contó con el apoyo de la “inteligencia” efectuada por algunos de sus compañeros de aguantadero. Los estrictos horarios que repetía la víctima eran una oportunidad para el atacante. Pero la mala noticia era que ese chino siempre andaba armado y había contratado custodias para la protección de su comercio. Sin prestar demasiada atención a estas advertencias, Juany consideró que –al no tener que robar– no sería complicado matar y huir.

Con puntualidad oriental, Wen Lee y sus empleados descendieron de la camioneta negra con vidrios polarizados, desconectaron la sofisticada alarma y -por una hermética puerta lateral- ingresaron al supermercado, en el centro de Castelar. Luego, Wen Lee sacó los rústicos postigos interiores, abrió la puerta de vidrio y comenzó a levantar la persiana de daba a la calle Arias. En ese preciso instante -por la vereda- apareció una moto. El conductor, irreconocible bajo su casco, sacó un arma, le disparó en la frente y huyó por la calle España, de contramano. Mientras uno de los empleados atendía a su patrón, el otro agarró las llaves de la camioneta y salió en persecución del asesino. Por exceso de confianza, Juany tardó en descubrir que lo seguían. Mientras la camioneta se acercaba a enorme velocidad por la calle estrecha, en sentido contrario avanzaba un colectivo repleto de pasajeros. Entonces, el sicario hizo una maniobra criminal, subió a la vereda -atropellando a una pareja de ancianos- y volvió a bajar a la calle, ya detrás del colectivo. Cuando la camioneta negra intentó frenar ya era tarde. El impacto, de frente, contra el colectivo, fue tremendo. Pero, mientras el airbag le salvaba la vida al chino, los sufridos pasajeros que viajaban parados en el colectivo rodaron hacia el frente y algunos hasta cayeron a la calle.

Una vez que se aseguró de que nadie lo seguía, Juany regresó a su guarida en Parque Leloir. Aprovechando el buen clima y la agradable temperatura del agua de la pileta, pasó la tarde al aire libre, relajado, ignorando que había matado al hijo de Wen Lee Hai, el jefe de la poderosa mafia china.

La policía, la justicia y los funcionarios de migraciones, sabían muy bien quién era el señor Hai. Se trataba del mayor traficante de inmigrantes chinos, con vinculaciones en el mercado negro de documentos y el cobro de protección a comerciantes. El negocio no es muy complicado, cada mes, cientos de inmigrantes chinos ingresan ilegalmente por la triple frontera y denuncian en Argentina la pérdida de su pasaporte. Este trámite es un requisito indispensable para que el Consulado chino les dé un pasaporte nuevo. Este es un negocio millonario, pero tiempo atrás era aún más rentable porque -con el blanqueo de inmigrantes- se ofrecía también el ingreso a EEUU. Hoy, esto no es posible, porque los yankees ya no confían en los documentos argentinos y exigen una visa muy difícil de obtener. Ahora que se cortó el ingreso a EEUU, los chinos ilegales se quedan acá, y el señor Hai los contrata para dar protección a comerciantes, a cambio de una cuota mensual. Ese servicio no cubre únicamente el problema de la inseguridad, sino que también asegura que ningún otro chino ponga un supermercado cerca. Es una protección siempre efectiva porque va acompañada del “apriete”.

Al enterarse de la muerte de su hijo, el señor Hai, intuyó un ajuste de cuentas, y ordenó la mayor cacería humana llevada a cabo en el Oeste bonaerense. No sólo quería la cabeza del sicario sino la de los autores intelectuales. Más que un tema de honor, se trataba de un desafío a la supervivencia del clan. Si los propios miembros de la familia Hai eran vulnerables, su organización no podía ofrecer protección a terceros.

Pocos días después, Juany recibió un nuevo contrato. Debía atacar a otro periodista. La víctima era un viejo miope que vivía en el barrio de Liniers, ahora rebautizado “Little Bolivia” por la invasión de inmigrantes del altiplano que, desde Potosí y Cochabamba, trajeron consigo sus costumbres y su misticismo. Tanto es así,

que los fines de semana -en la esquina de Ramón Falcón y León Suarez- se instala una bullanguera feria andina, donde ofrecen comida y bebida tradicional, ropa típica, hierbas medicinales y amuletos de la suerte.

Como Domecq –así se llamaba la víctima- concurría casi todos los domingos a esa feria boliviana, Juany pensó que allí -entre la muchedumbre y el bochinche –sería el lugar ideal para atacarlo.

Dado que se trataba de un ambiente totalmente desconocido, el joven sicario llegó temprano y comenzó a recorrer los puestos callejeros, prestando atención a las vías de escape. Estaba tan concentrado en esta tarea que no notó la presencia de dos chinos con gorras calzadas hasta los ojos. En realidad, no les costaba mucho pasar desapercibidos porque- por esas rarezas étnicas- había ciertos rasgos en esos dos orientales que los hacían parecidos a los oriundos del altiplano.

Cuando Juany ubicó a Domecq, decidió seguirlo, mientras que –a prudencial distancia –los pistoleros chinos lo seguían a él, conformando un círculo mortal.

## **CAPÍTULO (IX): LITTLE BOLIVIA**

Aquel agobiante mediodía de domingo, “Little Bolivia” estaba abarrotada de gente que deambulaba impregnada por el humo y los vapores de las comidas andinas. El colorido variopinto, los olores penetrantes, la música estridente y los involuntarios empujones, conformaban un espectáculo de agobiante exotismo. Cada vez que Domecq se detenía, Juany lo imitaba y los dos pistoleros chinos hacían lo propio. Primero, la víctima compró semillas de quinoa. Luego, hizo lo propio con el típico chuño. En ese momento, el sicario creyó que había llegado la hora pero descubrió a un par de agentes femeninos de la Metropolitana y prefirió esperar. Poco después, Domecq se detuvo a comprar sopa de maní y un “encholado”. Cuando la víctima buscaba su billetera para pagar, el sicario sacó el arma. El ruido ambiente ahogó el sonido del disparo. Extrañamente, Domecq ni se inmutó, pero Juany sintió un impacto en el hombro y cayó sobre el puesto de comidas, desparramando las sartenes con fritangas de silpacho, las ollas con sopa hirviente y demás recipientes de extraño contenido. Cuando uno de los chinos se acercó para rematarlo, el joven herido –desde el suelo- le metió un balazo entre ceja y ceja. Empujando a la gente que comenzaba a arremolinarse, el segundo pistolero buscó a Juany pero sólo encontró el cadáver de su compañero. El griterío atrajo a las agentes de policía. Entonces, el chino sobreviviente se mezcló entre la muchedumbre y desapareció. Domecq, como la mayoría de los presentes, supuso que se trataba de otro caso de inseguridad y continuó recorriendo la exótica feria.

Los inclementes rayos del sol se estrellaban sobre la cabeza del sicario herido, que huía a pie. Sin perderlo de vista, el pistolero chino lo seguía manteniendo cierta distancia, porque ya había comprobado la tremenda puntería del perseguido.

La bala que había dado en el hombro izquierdo de Juany, laceró tejidos, astilló huesos, atravesó todo lo que encontró en su camino y volvió a salir. “Una bala con entrada y salida causa menos daño que si se queda

incrustada en el cuerpo”, le había enseñado Nacho Cruz, y Juany lo recordó con esperanza.

El chino –de edad indefinida- era flaco y ágil. Llevaba un gorro de béisbol calzado hasta las orejas, una camisa escocesa abierta sobre una remera blanca, jeans y zapatillas deportivas. En su cintura llevaba su herramienta de trabajo: una pistola Glock 9 mm, con la que podía matar a 50 metros.

Mientras el brazo izquierdo caía como muerto, con su mano derecha Juany empuñaba un revólver Taurus 38 especial. En cuanto descubrían a aquel hombre armado y sangrando, los transeúntes huían abriéndole paso. El joven perseguido apenas podía caminar y nunca llegaría hasta su moto. Sin tiempo para pensar en quién querría matarlo, sólo buscaba el modo de despistar a su perseguidor.

El chino, como un depredador al acecho, avanzaba lenta pero inexorablemente. Con cautela, giraba la cabeza hacia uno y otro lado, observando todo, para evitar sorpresas desagradables.

Juany iba perdiendo sangre y se debilitaba a cada paso. No podía escapar, pero tampoco iba a morir sin pelear. Por instinto, buscó un lugar en el que pudiera defenderse como gato entre la leña. Entonces, eligió un pequeño bar de mala muerte y entró. Le mostró el arma al dueño, que conversaba en el mostrador con el único cliente, y se sentó en el fondo del local, de espaldas a la pared, con el pesado revolver sobre la mesa. El dueño no llamó a la policía, porque en “Little Bolivia” nadie lo hace.

A pesar de que la vidriera del bar estaba llena de avisos y promociones, desde la vereda de enfrente, el chino pudo identificar a Juany. El pistolero sabía que no podía desaprovechar esa oportunidad, porque -con el paso del tiempo- podría llegar la policía o –peor aún- algún compinche del sicario. Por lo tanto, con la mirada fija en su presa y la mano sobre su pistola, comenzó a cruzar lentamente la calle. Al llegar a la puerta, la empujó con la mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba su Glock. El dueño del negocio le hizo una seña al único cliente y ambos se escondieron detrás del mostrador.

Juany estaba pálido, transpiraba copiosamente y sus ojos mostraban el color del miedo. Su camisa –tanto en el pecho como en la espalda- tenía el lado izquierdo ensangrentado.

El pistolero chino, inmutable, lo miraba con indiferencia.

Finalmente estaban cara a cara. Apenas separados por unos pocos metros. Listos para matar o morir. El viejo reloj de pared parecía detenido. Por un interminable instante –perseguido y perseguidor- se miraron a los ojos y, casi simultáneamente, ambos dispararon.

“Siete u ocho disparos” dijo haber escuchado el dueño del bar, cuando las agentes de la Metropolitana le preguntaron sobre lo ocurrido.

Dos ambulancias llegaron casi al mismo tiempo. Una partió –rauda- hasta el hospital más cercano. La otra -sin prisa- se dirigió a la morgue.

Ignorando que había estado en la mira de un sicario, y que continuaba vivo por milagro, Domecq llegó a su casa, esquivó a sus gatos, y comenzó a preparar la mesa, para disfrutar la sopa de maní y el “encholado” que acaba de comprar en la feria boliviana. En eso estaba cuando sonó el teléfono:

. - Soy Zocas. Hoy zafaste; mañana, no.

## **CAPÍTULO (X): TRES ATENTADOS**

---

De: Jorge Osvaldo Domecq  
Para: Comisario Anahí Aberanda  
Asunto: TRES NUEVOS ATENTADOS

*Estimada Anahí:*

*Tengo el agrado de dirigirme a usted en su carácter de Comisario a cargo de la exitosa investigación de los crímenes cometidos por Joaquín Olites y Ema Sanger.*

*Lamentablemente, debo informarle que –en las últimas semanas- he sido víctima de tres atentados, cuya autoría ha sido reivindicada por “Zocas”.*

*Tiempo atrás, cuando le mencioné que había recibido un mensaje con la amenaza “Soy Zocas y voy por ustedes”, usted dudó de mi palabra y prefirió creer que se trataba de un truco publicitario, para promover la venta de mi libro, que –precisamente- termina con esa frase.*

*Ahora, espero que me crea porque mi vida está en peligro.*

*El primer atentado se produjo la noche de la presentación de mi novela en “Domus”, de Castelar. Evento en el que usted estuvo presente, aunque por un breve lapso. Al retirarme, caminé por Campana hacia Los Incas, donde había dejado estacionado mi auto. Al llegar a la calle que bordea las vías, me sorprendió la presencia de los bomberos. Al acercarme, descubrí que mi Peugeot “404” había sido incendiado. Cuando me presenté ante los Bomberos de Morón, el Jefe opinó que -probablemente- habría sido obra de algún “quema coches”, aunque reconoció que no era usual utilizar bombas “molotov”, como en este caso. Pero lo más preocupante ocurrió al día siguiente, cuando recibí el mensaje: “Soy Zocas. Chau Peugeot”.*

*El segundo atentado tuvo lugar en el barrio de Barracas, en Capital Federal, y fue de mucha mayor envergadura. Yo estaba realizando otra presentación de mi libro, esta vez en la Editorial “Edicoop”, en Azara al 1200, cuando el edificio también fue atacado por bombas incendiarias. El fuego originó la estampida del público y hubo varios heridos, unos debido a la avalancha y otros por principio de asfixia. El depósito y los libros que contenía, quedaron destruidos. Yo debí ser trasladado al hospital, donde recibí otro mensaje: “Soy Zocas. Chau libro”.*

*El tercer atentado es el más grave y el más difícil de explicar. Por eso, se lo voy a contar de atrás para adelante. El domingo pasado, mientras almorzaba en mi casa de Liniers, recibí otro mensaje: “Soy Zocas. Hoy zafaste; mañana, no”. En un principio yo no entendí nada. Acababa de regresar de la feria boliviana donde había comprado mi almuerzo. En algún momento había habido un desbande de gente, porque algunos intuyeron un tiroteo, aunque muchos creyeron que sólo se trataba de los habituales petardos que gusta explotar la gente del altiplano. Pero más tarde, en un canal de noticias, informaron que efectivamente hubo tiroteos en “Little Bolivia”. Y no uno sino dos. En el primero, en medio de los puestos de comida, un ciudadano chino murió de un balazo disparado por un joven que logró escapar. Sin embargo, como estaba herido, el asesino se refugió en un bar. Un pistolero chino lo siguió, entró en el local, y se produjo otro intenso tiroteo, donde uno murió y el*

otro -muy grave- fue llevado detenido a un hospital.

A esta altura, usted se preguntará qué tengo yo que ver en esta historia. Ante la misma duda, consulté a un ex colega que sigue cubriendo las noticias policiales. Según las fuentes de este periodista, un joven sicario rosarino se mudó al oeste bonaerense y fue contratado para matar a un supermercadista chino, en Castelar. Luego del asesinato, como venganza, dos pistoleros chinos fueron a cazar al sicario. Lo encontraron en Liniers, en la feria de "Little Bolivia", donde tuvieron dos enfrentamientos a tiros, con el resultado que ya le mencioné. Resumiendo: dos pistoleros chinos enfrentaron a un sicario rosarino. Hasta aquí seguimos como "turco en la neblina". Pero el mensaje de "Zocas" dice que yo "Hoy zafé". Por lo tanto, mi interpretación es que el sicario fue contratado para matarme a mí. Me siguió hasta la feria boliviana, pero no pudo atacarme porque –a su vez- tuvo que enfrentarse a los pistoleros chinos. En definitiva, sólo por milagro puedo estar contando la historia.

Comprendo que usted, que ya no creía en mí, pueda estar ahora imaginando que estoy loco, gagá o con Alzheimer.

Sin embargo, sólo me limité a contarle los hechos.

No le pido nada, especialmente porque dos de los hechos deben ser investigados por la Policía Federal y no por la Bonaerense.

Simplemente, me pareció que usted debía estar al tanto de lo sucedido.

Agradeciéndole el tiempo dispensado a la lectura del presente mail, la saludo con mi respeto de siempre.

Cordialmente,

Jorge Osvaldo Domecq

Anahí Aberanda estaba leyendo este mail en su casa, sentada en el sillón preferido, y escuchando un chamamé ejecutado como sólo Tarragó Ros era capaz de hacerlo. Al terminar la primera lectura, comenzó a releerlo. Se sentía un personaje de Shakespeare: "creer o no creer". En primer lugar, como profesional, debía dejar de lado sus prejuicios y analizar la denuncia, ya que –en el improbable caso de que fuera cierta- podría haber un asesino serial en libertad, con el enorme peligro que eso implicaba, no solo para Domecq sino para toda la comunidad.

Pero la historia parecía muy traída de los pelos. Además, ya en "Domus", Domecq había esbozado una delirante teoría conspirativa.

Como primera medida debía investigar los hechos. Su asistente – Rossini- podía ocuparse del auto quemado en Castelar, mientras que ella se contactaría con un comisario amigo, que trabajaba en la Federal, para que le hiciera llegar copia de las actuaciones policiales correspondientes al incendio de Barracas y al tiroteo en Liniers. Pero todo eso recién ocurriría al día siguiente. A esa hora de la noche, ella sólo podía acceder a las webs de los diarios y ver cómo habían presentado esos casos que Domecq calificaba como "atentados".

## CAPÍTULO (XI): EL FABULADOR

Bruno Rossini -un muchacho de origen humilde, que había logrado egresar de la escuela de suboficiales de la Policía Bonaerense- era alto, delgado pero musculoso. De cabello lacio y oscuro, piel curtida, ojos atentos y sonrisa franca. Amable, honesto y trabajador. Estos últimos atributos habían convencido a la comisario Aberanda para designarlo su asistente. Con el tiempo, también demostró habilidad informática y buen juicio para sortear las frecuentes trabas burocráticas.

Aquella mañana, Aberanda lo llamó, le dio una copia del mail de Domecq, y – en un gesto de confianza- le preguntó su opinión.

- ¡Es un fabulador! –sentenció el asistente.
- ¿Fabulador, por qué?
- Porque inventa cosas para llamar la atención y vender más libros. Es como los mediáticos que hacen escándalos para aumentar el rating.
- Usted parece un experto en el tema -ironizó la jefa.
- Es que en la academia nos enseñaron a detectar a esa gente nociva, que molesta a la policía para hacernos perder tiempo.
- ¿Y qué recomendaban en la academia?
- Que los ignoráramos.
- ¿Y si se equivocan? ¿No es peor ignorar un caso real, que perder tiempo con una falsa denuncia?
- Para eso está la experiencia y la intuición.
- ¿Basándose en su experiencia e intuición, usted sostiene que Domecq inventó esos atentados?
- Sí, porque el año pasado ese tipo envió un mensaje falso a los diarios, diciendo que era “Zocas”. ¿Entonces, por qué ahora no podría mentirle también a usted? –respondió el asistente.
- Ok. Ya que está tan convencido, le voy a agradecer que investigue el caso del vehículo quemado en Castelar, y me demuestre que el coche incendiado no era el Peugeot 404 de “ese tipo” –dijo ella.

Sin encontrar una respuesta oportuna, Rossini se retiró en silencio.

La comisario aprovechó para revisar los mensajes recibidos, esperando encontrar los informes de su colega de la Federal. Por esos milagros propios de la amistad, la amabilidad y la belleza de quien lo había solicitado, Anahí encontró el correo con el pormenorizado archivo del “Siniestro en Barracas”. Fiel a su estilo comenzó por las conclusiones:

→ *El incendio en “Edicoop” había sido intencional, causado por varias bombas “molotov”.*

→ *El fuego se había iniciado fuera del horario laboral, pero mientras se estaba realizando la presentación de un libro.*

→ *Los daños materiales aún no fueron cuantificados pero son considerables.*

→ *Ocho personas resultaron heridas al intentar huir y trece se intoxicaron con el humo, incluyendo dos bomberos voluntarios.*

→ *Aún no hay pistas firmes para identificar a los responsables.*

Coincide con lo que me escribió Domecq. Pero, por las dudas, voy a verificar si se trataba de la presentación de su libro- pensó la comisario.

Entonces, revisó el contenido del dossier “Siniestro en Barracas” hasta confirmar que en el momento del incendio, Jorge Osvaldo Domecq estaba en el edificio de “Edicoop”, presentando su novela Los crímenes de Castelar.

- Es cierto que las bombas incendiarias fueron arrojadas durante la presentación de Domecq, sin embargo, nada vincula a “Zocas” con ese atentado. Además, parece absurdo quemar una editorial entera, con miles de libros, para perjudicar a un autor cuya tirada es de apenas 200 ejemplares. Es como cazar mosquitos a balazos –concluyó la comisario.

Ansiosa, llamó a su colega de la Federal, le agradeció el archivo con los datos del incendio, y –especialmente –le preguntó cuándo recibiría el informe sobre el tiroteo en “Little Bolivia”.

- Esta tarde sin falta -fue la respuesta.

Para acortar la espera, decidió ir hasta la expendedora de bebidas y comprarse un café. Luego de luchar contra la máquina y perder varias monedas, obtuvo medio vasito de algo parecido a un jugo de paraguas. Ya en su oficina, acompañada por pequeños sorbos de aquel brebaje humeante, comenzó a ojear el ejemplar de la novela que le había autografiado Domecq. No quería estar desprevenida ante el hipotético caso de que el miope escritor tuviera razón.

- Tengo una buena y una mala noticia –dijo Rossini, al ingresar a la oficina de su jefa, interrumpiendo su lectura.

- Lo escucho.

- Efectivamente, el auto carbonizado era el de Domecq. Pero, no fue un hecho aislado. Hay una pandilla de “quemadores” actuando en la zona, y ese Peugeot 404 es uno de los tantos autos incendiados recientemente. Además, lo más importante es que no hay nada que vincule a “Zocas” con esos atentados.

- Domecq dice haber recibido un “SMS”. Textualmente: “Soy Zocas. Chau Peugeot” –interrumpió la comisario.

- ¡Que lo muestre! Seguro va a decir que lo borró.

- En su mail no dice que lo haya borrado.

- Tampoco lo ofrece como prueba –retrucó Rossini.

- Quizás no quiso atosigarme de entrada. - ¡En fin! -dijo ella y, cambiando de tema, agregó: – Por favor, averigüe si llegó algún sobre para mí.

Al rato, el asistente regresó con un voluminoso paquete, conteniendo lo que Anahí estaba esperando. En su anterior había copias de tres legajos personales y de las actuaciones del tiroteo en la feria boliviana de Liniers.

Dos de los legajos pertenecían a ciudadanos chinos, con pasaporte argentino. Ambos tenían antecedentes policiales, por portación de armas y amenazas a comerciantes, pero nunca habían estado presos. El tercero era de Juan Gaffi, un adolescente autor de un crimen en Rosario, por el que no fue encarcelado por ser menor de edad. Los tres habían protagonizado un enfrentamiento a tiros en el barrio de Liniers. Gaffi había matado a uno de los chinos, pero éste logró herirlo. El segundo chino persiguió al asesino de su compatriota, lo alcanzó en un bar, lo enfrentó y logró herirlo aún más gravemente, pero Gaffi se defendió y lo mató.

La comisario releyó con más detenimiento toda la documentación, resaltando con amarillo lo más relevante. Finalmente, llegó a una conclusión: si bien los hechos coincidían con lo anticipado por Domecq, éste no aparecía mencionado ni como testigo presencial.

- ¿Acaso Rossini tendrá razón y Domecq es un fabulador? –se preguntó la comisario Aberanda.

## **CAPÍTULO (XII): PERSONALIDAD PARANOIDE**

Antes de salir, para encontrarse con Domecq, Bustos le aseguró a Caron que volvería a tiempo para cumplir con su tarea de sereno.

- Cuidate y no te metas en líos –respondió la dueña de la parrilla “Ruta 7”.

En el trayecto en tren desde Luján a Castelar, sin prestar atención a los dolorosos contrastes que se observaban por la ventanilla, el ex policía intentó analizar la última conversación telefónica con su amigo devenido en novelista.

- Estuve en medio de un tiroteo provocado por un sicario de “Zocas” –había dicho Domecq, para luego agregar: – No quiero hablar por teléfono. Tenemos que vernos en Tarzán.

Bustos creía conocer bien a Domecq, y nunca había tenido razones para dudar de él. Pero, últimamente, parecía paranoico, como si padeciese manía persecutoria. Durante sus años en el manicomio, Bustos había tenido oportunidad de ver pacientes con esos trastornos de personalidad. Eran desconfiados y celosos. Temían ser víctimas y sospechaban de los demás, sin que existiera una base real que explicara ese temor. Para justificar su sensación de peligro, solían inventar motivos ocultos y falsear evidencias.

Era cierto que a Domecq le habían tirado una “molotov” sobre su auto, pero los bomberos atribuyeron ese acto vandálico a una barrita “quema coches” que atacaba al azar. Es decir que sólo había sido mala suerte. En realidad, “Zocas” sólo aparecía en los misteriosos mensajes telefónicos que su amigo nunca le había mostrado, y que él no pidió ver, para no ofenderlo. Aparentemente, lo mismo ocurría con los otros dos supuestos atentados. Por lo tanto, lo primero que debía hacer era ver qué pruebas tenía Domecq, para recién después sacar conclusiones.

Ya en “Tarzán”, Domecq continuó actuando raro. A diferencia de lo habitual, eligió una mesa lejos del ventanal y se sentó de espalda a la pared, mirando hacia la puerta. Como había bastante gente, a Bustos le costó encontrarlo a primera vista.

- Tenemos que tener cuidado –dijo el novelista, y agregó: – “Zocas” falló ayer, pero dice que hoy no fallará.

- ¿Puedo ver el mensaje?

- Sí. Después. Ahora tengo el celular escondido.

- ¿Por qué?

- Porque es mi única prueba. Si lo pierdo nadie me va a creer.

- Es cierto –tuvo que reconocer Bustos.

- Primero, déjeme que le cuente el tiroteo.

- Ok.

Tras pedir el plato del día y vino de la casa -durante casi una interminable hora- Domecq le explicó qué era “Little Bolivia”; dónde, cuándo y cómo funcionaba; quiénes concurrían; cómo fue el tiroteo; qué dijeron los medios de comunicación; en qué consistía la información aportada por su colega periodista y –finalmente- cuál había sido el mensaje de “Zocas”.

- ¿Ahora, puedo ver el mensaje? –insistió el ex policía.

Domecq asintió moviendo la cabeza y, tras revolver su ropa, extrajo un celular. Lo activó, abrió el archivo de mensajes guardados, y le mostró un texto que decía: “Soy Zocas. Hoy zafaste, mañana no”.

Bustos lo leyó y lo releyó, tomándose su tiempo para elegir las palabras.

Finalmente, dijo:

- Es muy ambiguo.

- ¿Qué?

- Según usted, en anteriores mensajes “Zocas” dijo: “Chau Peugeot” y “Chau Libro”, refiriéndose específicamente a hechos ocurridos. Pero en este caso no menciona al sicario, ni el tiroteo, ni ningún otro atentado. El mensaje “Hoy zafaste” es aplicable a cualquier día, de cualquier persona. Lo mismo ocurre con la amenaza “mañana no zafarás”.

- No entiendo.

- Imagínese que esta noche recibe de nuevo el mensaje “Hoy zafaste, mañana no”. Ni usted ni yo sabríamos de qué zafó. Cualquier hipótesis que imagináramos podría ser cierta, siempre y cuando estemos dispuestos a creerla. Por eso, me parece que el último mensaje de “Zocas” es abstracto, porque no se refiere a nada específico.

- ¡Abstracto las pelotas! –reaccionó mal, Domecq. – Es una amenaza concreta. Ya quemó mi auto y la editorial de mi libro. Ahora dice que falló al querer matarme pero que la próxima vez no fallará. ¿Qué carajo tiene esto de abstracto?

- Coincido en que los atentados incendiarios fueron hechos concretos. Pero el mensaje “Hoy zafaste, mañana no” es una amenaza abstracta, posiblemente para asustarlo, intimidarlo y hacerlo desistir de su investigación. Pero nada indica que quiso matarlo. Al menos así lo veo yo –concluyó el ex policía.

- ¡Esa es filosofía barata! –estalló Domecq. - Usted dice eso porque no está en mis pantalones. Usted no sabe lo que es estar en peligro. Yo hoy tengo que desconfiar de todos, porque alguno de los que me rodean quiere matarme. Esa es la terrible realidad que estoy viviendo.

- Ok. Disculpe. No se enoje.

- No me enoja, pero me molesta que no me crea.

- Yo le creo. Es más, si me muestra su celular tal vez pueda localizar el teléfono que usó “Zocas”:

- ¿Acaso trabaja para la SIDE?

- ¡No! Pero tengo un amigo, que conoce a un tipo que anda en eso.

- Aquí está mi celular. ¿Qué quiere ver?

- Quiero ver los mensajes para intentar descubrir su origen.

- Tengo los tres últimos, el primero se borró.

- ¿Se borró? –exclamó Bustos.

- Era un correo de voz y, sin darme cuenta, lo eliminé. Pero tengo los tres mensajes de texto.

- ¿A ver? –dijo el ex policía mientras accionaba el aparato. – El mensaje “Chau Peugeot” lo envió desde un celular terminado en 04, pero para “Chau libro” utilizó otro aparato. Uno con número terminado en 11.

- ¿Y para la amenaza “Hoy zafaste”?

- Usó otro teléfono, terminado en 44.

- ¿Tres celulares distintos?

- Sí. Se nota que trata de no ser identificado. Esperemos que no sean aparatos robados, y así ubicar al dueño.

- ¿Cuánto va a tardar el amigo de su amigo?

- No sé. Esto no es un delivery. Hay que tener paciencia. Usted está muy ansioso. ¿No pensó en ver a un médico? –sugirió Bustos.

- ¿A uno de sus amigos psiquiatras?

- Al que mejor le plazca. Alguno que le ayude a bajar un cambio. Usted está muy acelerado y a nuestra edad no es bueno.

- Veremos –respondió Domecq y, cambiando de tema, preguntó:

- ¿Qué va a pedir de postre?

## **CAPÍTULO (XIII): TELÉFONOS PINCHADOS**

Cuando el dueño de “Tarzán” se acercó, trayendo un flan casero con dulce de leche y un tradicional postre “de vigilante”, los amigos aprovecharon para pedirle dos cafés.

- Sé que los jueces pueden intervenir teléfonos fijos – comenzó Domecq, y luego preguntó. - ¿Con los celulares pasa lo mismo?

- Sí. Es lo mismo. Ambos pueden ser pinchados. Cualquier conversación por un teléfono móvil puede ser controlada. Las charlas personales, la información financiera o impositiva, cualquier cosa que usted diga puede ser oído e incluso grabado. En realidad, las intervenciones judiciales hoy son mínimas comparadas con las escuchas ilegales.

- ¿Escuchas ilegales?

- En teoría, la pinchadura de teléfonos sólo puede ser autorizada por un juez, y ese trabajo lo debe hacer la ex SIDE. Pero –en los últimos años- la prestación de servicios de inteligencia se fue derivando a terceros. Aunque estas nuevas agencias siguen siendo financiadas por “fondos reservados”, también incursionan en “trabajitos privados” solicitados por cónyuges engañados, periodistas de la farándula, empresarios y sindicalistas desconfiados, y –fundamentalmente- políticos de distinto pelaje. En conjunto, se estarían realizando unas dos mil pinchaduras nuevas por mes. Con tanta mano de obra ocupada en el espionaje electrónico, la privacidad es hoy una utopía.

- ¿Y las empresas telefónicas no los detectan?

- Por supuesto. Ellas son las que reciben las órdenes desde la SIDE.

Generalmente, esas instrucciones vienen acompañadas por un oficio judicial, pero es habitual que se agreguen teléfonos no solicitados por ningún juez.

- ¿Y su amigo es uno de esos espías?

- La palabra espía tiene mala prensa. Mi amigo –o los amigos de mi amigo- son “expertos en solucionar problemas”. Por ejemplo, pueden rastrear esas misteriosas llamadas de “Zocas” realizadas desde tres celulares distintos.

Fue entonces cuando Domecq no pudo disimular su paranoia, y preguntó:

- ¿Pero... si los espías trabajan para cualquiera, también “Zocas” podría hacer pinchar mi celular?

- Tampoco es “moco e pavo”, pero si tiene los contactos necesarios y plata para pagarlos...-respondió Bustos, dejando el final abierto.

- ¿Cómo puedo estar seguro?

- Hay procedimientos para detectar pinchaduras.

- ¿Cuáles?

- Lo más elemental es controlar el consumo de tu teléfono. Si lo están usando como micrófono para captar conversaciones, este uso adicional consumiría la batería más rápido de lo normal. Otro control sencillo es la temperatura del aparato. Si después de no usarlo un rato, lo toca y está caliente podría estar siendo usado por quien te lo pinchó.

- No tenía idea. Sólo había oído quejas por ruidos o interferencias.

- Exacto, eso era lo más conocido. Esos ruidos raros podrían indicar que su celular estaba siendo usado como receptor-transmisor. Pero eso ya pasó a la historia. En la actualidad, los equipos que se comercializan para telefonía móvil no se pueden convertir en transmisores involuntarios. Como contrapartida, ahora los

expertos duplican una línea y el titular ni se entera.

- ¿Y su amigo no tendrá su teléfono pinchado? –bromeó Domecq.

- Puede ser. Por eso sólo le voy a dejar un “SMS”, y luego tendré que esperar que él me llame.

- Cambiando de tema, ¿no tiene ganas de ir a jugar una partida de ajedrez en el “Club Philidor”?

- Me encantaría. Pero le dije a Caron que volvería temprano.

- Bueno, bueno. Parece que además del tuteo la relación tuvo otros avances.

- No. Lamentablemente no. Ella es muy amable pero el trato sigue siendo de patrona a empleado.

- Pero hasta Cleopatra tuvo debilidad por algún esclavo.

- No es nuestro caso -respondió Bustos, mientras le hacía un gesto al mozo para que trajera la cuenta.

Como de costumbre, cada uno pagó la mitad del gasto, más 10% como propina.

A pesar de que “Tarzán” está frente a la estación Castelar, debido a las obras de remodelación, tuvieron que hacer un largo rodeo para acceder al andén. El primero en llegar fue el tren hacia Once. Domecq le dio una palmada en el hombro a su amigo y subió, mientras que Bustos quedaba esperando la formación que lo llevaría a Luján.

Ya en el tren, sentado en uno de los cómodos asientos de los nuevos vagones, Domecq –una vez más- analizó la relación entre Bustos y Caron. Le costaba creer que viviendo bajo el mismo techo, y siendo ella viuda y él divorciado, la relación entre ellos fuera exclusivamente laboral. Hacía ya más de un año que el ex policía había salido del manicomio y – con 60 años recién cumplidos – había recuperado su buen aspecto. Comía bien, hacía ejercicio y corría todos los días. Sin ser un atleta, se había convertido en un hombre ágil y activo. Además, el síndrome del custodio debía jugar a su favor: era el guardaespaldas que protegía a la dama. Sin embargo, Bustos no sólo no intentaba conquistarla sino que actuaba como un guardabosque, de esos que no comen ni dejan comer.

Al llegar a la estación Liniers, Domecq subió por el puente que pasa sobre las vías del ferrocarril Sarmiento, y descendió frente a la calle Carhué. Como la temperatura era agradable, caminó sin apuro hasta su casa del pasaje El Cóndor 496, a sólo cinco cuadras de distancia. Al cruzar Ramón Falcón no pudo dejar de indignarse por un espectáculo tan repetido como desagradable. A pesar de los inmensos contenedores disponibles en esa zona, la basura tirada al suelo por los dueños y usuarios de los puestos ambulantes emulaba a las contaminadas márgenes del Riachuelo. Ratas y perros hambrientos revolvían tranquilamente los desechos, ya que los camiones municipales no llegarían hasta la medianoche. Domecq recordó que cincuenta años atrás, cuando en esa zona operaba el histórico mercado de frutas y verduras, los esforzados changarines –que cargaban y descargaban los camiones- se ocupaban de recoger todo aquello que se les cayera al piso. Además, al fin de la jornada, un encargado manguereaba todo, de modo que al día siguiente la zona amaneciera limpia.

Cien metros más adelante el veterano periodista tuvo la sensación que estaba siendo observado. Se dio vuelta con rapidez pero no vio a nadie. Sin embargo, consciente de su miopía, no se quedó tranquilo. Estaba transitando por un barrio tranquilo, con calles de veredas anchas y bastante bien iluminadas, pero Domecq tenía la sensación de estar metido en un peligroso callejón, como los de las

películas de terror. De pronto, lo sobresaltó un ruido. Prestó atención, pero sólo distinguió a un gato revolviendo la basura de una panchería. Sin embargo, su pulso ya se había acelerado, y estaba comenzando a transpirar. Tenía miedo. Recorrió las últimas cuerdas inmerso en la ansiedad y el desasosiego. Al llegar a su casa, miró para uno y otro lado antes de abrir la puerta. A lo lejos, apenas distinguió la desgarbada silueta de un muchachito que orinaba contra un árbol.

Abrió, ingresó, atendió a sus gatos y se dio una buena ducha. Cuando sonó el timbre, miró por la mirilla y tras comprobar que se trataba del delivery, abrió con confianza.

Finalizada aquella cena de empanadas y malbec, ambientada con música de Joe Cocker, lavó los platos y se fue a la cama. Durante un buen rato, avanzó con la lectura de un par de capítulos de la última novela de Henning Mankell. Cuando sus ojos dijeron “basta”, apagó la luz y se acostó, con la secreta esperanza de volver a soñar con Caron.

Ya estaba casi dormido cuando su casa fue sacudida por tres explosiones.

## **CAPÍTULO (XIV): VIOLENCIA HOSPITALARIA**

Tras el tiroteo en “Little Bolivia”, zigzagueando, para esquivar a los indolentes conductores que no se apartaban ante el ulular de la sirena, la ambulancia llegó al hospital Santojanni. - ¡Un pibe moribundo! –gritó el camillero, y un médico veterano lo llevó directamente hasta el quirófano, donde –sin desatender la cirugía cesárea que estaban realizando- lograron salvar la vida de Juany.

Al mismo tiempo, un pistolero chino ingresó al hospital para rematar al joven sicario. No lo encontró en la guardia, pero alguien le señaló el quirófano. Pistola en mano, ingresó a la sala de operaciones, le apuntó al paciente, pero – cuando ya estaba por disparar- descubrió que se trataba de una mujer dando a luz. Furioso, salió al pasillo para continuar su búsqueda. En ese instante, un guardia de seguridad privada –desarmado- corría hacia él. Sin dudar, lo baleó en el pecho. El estruendo de los disparos retumbó en un hospital ya habituado a los tiroteos. El desbande fue general y el chino comprendió que debía abortar su fallida misión.

En cuanto se enteró de lo sucedido, el Doctor Guzmán dispuso que otro de sus sicarios custodiara el ingreso a la sala de terapia intensiva hasta que Juany pudiera abandonar el hospital. Mientras tanto, con sus bien aceitados contactos, el abogado logró limpiar las actuaciones policiales antes de que llegaran a la Justicia. *“Juan Gaffi, un menor de edad, sin antecedentes en la Capital Federal, resultó herido en un tiroteo entre pandilleros chinos”*, ésta fue la consensuada versión oficial del incidente.

Cuando finalmente fue dado de alta y llegó al refugio del Doctor Guzmán, en Parque Leloir, Juany escuchó lo que nunca hubiera querido oír: ya no podría volver a disparar con su mano derecha. Al menos no con la seguridad, firmeza y precisión que se requiere de un sicario.

No obstante, a pesar de esta discapacidad, no se quedaría sin ingresos porque “la organización” lo iba a contratar para otras tareas.

Mientras se esforzaba en la rehabilitación física, Juany debatía

mentalmente el papel que había jugado su venerada virgen María Auxiliadora. Por un lado, le había salvado la vida, pero –por otro- lo había dejado lisiado de su imprescindible mano derecha. Al igual que su estado de ánimo, su devoción sufría bruscos altibajos.

Con una voluntad digna de elogio, Juany aprovechó la tranquilidad de aquel oasis en el oeste bonaerense para dedicarle todo el tiempo posible a la rehabilitación física de muñeca, manos y dedos. En una primera etapa, sumergía la mano en agua caliente y -al lograr la relajación muscular- trataba de cerrar el puño. Luego, lentamente, intentaba apretar una pelota blanda. Otro ejercicio consistía en abrir la mano y extender los dedos al máximo, apretando suavemente la palma de la mano contra una mesa. A continuación, con la mano abierta, intentaba separar los dedos todo lo posible. Entonces, sin descanso, recomenzaba la serie de ejercicios:

Tanto empeño dio resultado y -antes de lo previsto- pudo encarar un nuevo trabajo. La bomba “molotov” –que tan eficazmente había utilizado- terminaría siendo su nueva arma letal. El nuevo contrato consistía en quemar una casa en Liniers, más precisamente la ubicada en El Cóndor 496, esquina Tuyutí. Imposibilitado para manejar motos, tuvo que trasladarse en remise hasta el barrio de Las Mil Casitas, inconfundible por su geométrico entramado, bordeado por frondosos plátanos. La vivienda en cuestión tenía dos plantas. La planta baja presentaba una puerta y dos ventanales que daban a la calle. El plan consistía en explotar una bomba incendiaria en cada una de esas tres aberturas de madera, de modo que la casa ardiera, bloqueando el escape de su morador.

Poco antes de medianoche, Juany abrió su mochila y sacó las bombas. Tras comprobar que no había testigos, las arrojó una tras otra. Pese a la poca habilidad de su mano izquierda, las tres “molotov” dieron en los cercanos blancos.

En un primer momento, el joven incendiario se alejó del lugar del atentado, pero -a medida que la gente se agolpaba- regresó a ver el espectáculo. Le gustaba el fuego y disfrutaba mirándolo. Desde una de las ventanas de la planta alta un viejo de anteojos gritaba pidiendo auxilio. Las llamas avanzaban devorando los escalones de madera que conectaban los dos pisos. Mientras algunos de los presentes llamaban al 911, otro vecino corrió hacia su casa a buscar una escalera. Cuando volvió -y la apoyó en la pared- comprobó que la ventana estaba demasiado alta. No había forma de que la víctima del incendio pudiera alcanzar el escalón más cercano. Los minutos pasaron sin que llegaran los bomberos. El humo -cada vez más espeso y renegrido- envolvía e intoxicaba a Domecq, el dueño de casa. Cuando las primeras lenguas de fuego ya chamuscaban los pocos pelos del veterano periodista, otro vecino tuvo una buena idea: trajo un manojo de sogas y se lo arrojó al viejo miope, quien -milagrosamente- logró atajarlas. Con más instinto que lucidez, Domecq ató un extremo de la cuerda al picaporte de la robusta persiana de hierro, se sentó en el alfeizar de la ventana y comenzó a descolgarse. Cuando sus manos –heridas por el desesperado roce con la soga- ya estaban por rendirse, sus pies comenzaron a tocar el peldaño superior de la salvadora escalera que sostenía el vecino. De ahí en más, fue solo cuestión de serenidad y prudencia. Al llegar al suelo, casi desvanecido, se recostó mientras manos solidarias lo rociaban con agua, para enfriar su cuerpo y su ropa.

Cuando llegaron los bomberos, el fuego ya había derrumbado el entretecho de madera y retorcido las chapas que lo cubrían. Sus poderosas mangueras apenas lograron evitar el derrumbe de las paredes de la casa de Domecq, y la propagación del incendio a las viviendas vecinas. Por lo tanto, el subcomisario a cargo –temiendo que la estructura no pudiera resistir- ordenó postergar el inicio de las tareas de

remoción, hasta que los restos del edificio estuvieran apuntalados.

Mientras abandonaba la escena del crimen, Juany pensó: - Este jovato tiene más vidas que un gato.

## **CAPÍTULO (XV): CARANCHO**

El doctor Manuel Guzmán, era un abogado cordobés de tez morena y pelo lacio, grueso y renegrido. Tenía cabeza redonda, cuello corto y espaldas anchas. Frente estrecha, pómulos pronunciados, ojos pequeños y oscuros, nariz achatada, boca grande con labios abultados. No era elegante sino más bien retacón, pero vestía en forma muy cuidada. Su saco sport blanco, jeans azules y botas texanas eran infaltables, pero rotaba las camisas -siempre de color liso- que variaban del rojo al negro, del amarillo al naranja, y del verde intenso al azul Francia. Había nacido en Espinillo, un pueblito cordobés cercano a Río Cuarto, donde su madre se dedicaba a cocinar y vender tortas fritas. Así, desde muy pequeño, el travieso cara sucia pudo desarrollar la innata habilidad comercial, con la que financió sus estudios primarios, secundarios y universitarios.

Ya recibido de abogado, sin posibilidad de montar un buffet y sin ganas de trabajar para un patrón, incursionó en un rubro casi marginal: los accidentes de tránsito. En un principio, visitaba los hospitales, buscaba víctimas y ofrecía sus servicios para gestionar una indemnización. Con el tiempo, fue creando una red de intermediación compuesta por choferes de ambulancias, enfermeros y policías, quienes -a cambio de unos pesos- se encargaban de entregar la tarjeta del abogado casi en el mismo momento del accidente. Más tarde, contrató a médicos inescrupulosos, dispuestos a certificar lesiones inexistentes y causas de defunción falsas. Finalmente, excediendo sus propios límites, Guzmán ingresó en el negocio de los “rompe huesos”. Esta maniobra criminal consistía en conseguir indigentes dispuestos a cobrar unos pesos a cambio de dejarse quebrar una pierna a martillazos. Después, contrataban a un automovilista -con un buen seguro- para que atropellara a la persona que ya estaba herida. Por último, la víctima era atendida por médicos partícipes del delito y el abogado iniciaba las acciones contra la aseguradora.

A medida que se sucedían los éxitos de esta red mafiosa, mayor era la preocupación de las compañías de seguro. Llegado un momento, éstas aunaron esfuerzos para frenar la sangría, y contrataron un servicio de investigaciones para desbaratar esas estafas.

Acorralado, Guzmán tuvo que sentarse a negociar. Existían suficientes pruebas en su contra como para perder su habilitación profesional, ser embargado y – tal vez- terminar preso. Las opciones eran: enfrentar esta larga y penosa batalla judicial o abandonar Córdoba y dedicarse a otra cosa. La decisión no fue difícil.

En Buenos Aires, logró contactarse con colegas dedicados a sacar presos de las comisarías. Dentro de esa especialidad, el Dr. Guzmán optó por los casos de delincuentes juveniles, siempre y cuando pudieran pagar sus honorarios. En muchos casos, al salir en libertad, aquellos muchachos no tenían donde ir, y Guzmán los

albergaba en su quinta de Parque Leloir, que terminó por convertirse en un aguantadero. Entre otros, ahí residía Juan Gaffi, el joven sicario que -tras atentar contra el Gobernador- tuvo que huir de Santa Fe.

Cuando Juany fue herido en el tiroteo con pistoleros chinos -que le destrozaron la mano derecha- el Dr. Guzmán no solo evitó que fuera preso sino que lo sacó del hospital Santojanni y se hizo cargo de la rehabilitación. Dada su corta edad, su innata simpatía y su reciente invalidez, Juany logró congraciarse con el dueño de casa, quien le fue consiguiendo tareas acordes a sus limitaciones. Fue así que comenzó a acosar con bombas “molotov” al novelista Jorge Osvaldo Domecq, quien -en su libro- se había atrevido a vincular al hijo de una poderosa familia con los crímenes de Castelar.

Tras quemarle el auto, incendiar la editorial de Barracas donde presentaba el libro, y -finalmente- destruirle la casa donde vivía en Liniers, Guzmán creyó que Gonzalo Gómez Rioja se daría por satisfecho. Pero no fue así, éste quería seguir atormentando a Domecq, y le pagó para que Juany lo buscara hasta encontrarlo.

Así, Juan Gaffi, se transformó en el sabueso más joven de la historia. Una especie de Philip Marlowe adolescente. Las instrucciones del Dr. Guzmán a su protegido fueron sencillas: “- *Pensá que sos Domecq y tenés que huir. Luego, seguí la pista de tu propio escape imaginario*”.

Juany comenzó su búsqueda por Liniers, contempló los restos de la casa que él mismo había incendiado, y habló con los vecinos. Ninguno tenía noticias de Domecq. La última vez que lo habían visto iba chamuscado en una ambulancia. Nunca volvió. Ni siquiera para averiguar si sus gatos se habían salvado del fuego. A continuación, se presentó en el hospital Santojanni. Teniendo la fecha del incendio y el nombre del paciente, aquel chiquilín compungido que buscaba a su padrino pronto encontró respuestas. Domecq había estado en observación menos de 24 horas. No podían internarlo porque no había camas disponibles. Tampoco podían darle de alta porque había llegado semidesnudo y no tenía ni un pantalón para salir a la calle. Finalmente, alguien había venido a buscarlo y le trajo ropa. Por más que Juany insistió y molestó a medio hospital con sus lágrimas de cocodrilo y mocos ficticios, nadie tenía el nombre del desconocido que se había llevado a la víctima del incendio. Cuando ya comenzaba a darse por vencido, una enfermera cholula le dijo:

- Tu padrino se fue con un hombre parecido a “Walter White”.
- ¿Y quién es ese? –preguntó Juany.
- El personaje de “Breaking Bad”.
- ¿Y cómo es?
- Cabeza rapada y barba candado.
- ¿Joven o viejo?
- Entre cincuenta y sesenta años.

Juany repartió besos de agradecimiento y regresó a Parque Leloir. Una vez allí, le pidió a un compañero de aguantadero que lo ayudara en la búsqueda. Primero, el hacker buscó una foto de “Walter White” y la dejó en un rincón de la pantalla. Luego, buscó imágenes de Jorge Osvaldo Domecq. Las más recientes correspondían a la presentación de su novela en “Domus” de Castelar. Entonces el experto informático fue ampliando y analizando cada foto, buscando a un sesentón, rapado y con barba candado. No fue necesario esperar mucho, el personaje buscado aparecía en un par de fotos grupales junto a Domecq, pero también en otra, charlando animadamente con alguien que parecía estar haciéndole una broma. El hacker amplió la imagen del segundo hombre y la comparó con una base de datos. Pronto encontró la respuesta, en una entrevista publicada por “Castelar Digital” aparecía Roberto, el peluquero de Carlos

Casares y era la misma persona fotografiada con el rapado buscado. Juany no perdió tiempo y se dirigió al centro de Castelar, esperó su turno y se hizo cortar el pelo con Roberto. Tras intercambiar frases de ocasión, el joven le mostró la foto donde aparecían Domecq y el rapado. Repitió la historia de que era ahijado del escritor, narró el incendio de Liniers y agregó que en esa tragedia su padrino había perdido la memoria y –por eso- él estaba tratando de ubicar a quienes habían compartido la presentación en “Domus”. De inmediato, el peluquero se puso a disposición del muchachito. Con respecto al rapado que aparecía en la foto, le informó que se trataba de un ex sargento de la bonaerense, de apellido Bustos, que vivía en la calle Malvinas y Alvarez Jonte. Terminado el corte, el sabueso agradeció y salió en busca de su presa.

## **CAPÍTULO (XVI): EL REFUGIO**

- Domecq está internado en el Santojanni- dijo Bustos, apenas cortó la comunicación.

- ¿Qué le pasó? –preguntó Caron.

- Le quemaron la casa.

- ¿Le quemaron o se le incendió la casa? –preguntó, prejuiciosa.

- Primero le quemaron el auto, luego se incendió la editorial donde estaba presentando su libro y ahora se quemó su casa, serían demasiadas casualidades – respondió el ex policía.

- Pero las casualidades existen, a menos que se pruebe lo contrario- respondió ella.

- No es momento para discutir- la interrumpió él, y agregó:- El pobre perdió todo, excepto los anteojos que tenía puestos. Tengo que llevarle ropa prestada y acompañarlo a comprar otra nueva. Además tiene que tramitar los documentos. Por suerte su celular lo tenía yo para hacerlo revisar, para ver si estaba pinchado.

- ¿Pinchado? –interrumpió ella.

- Además no puede volver a su casa porque hay peligro de derrumbe - continuó Bustos, ignorando la pregunta de Caron. Y agregó: - Está en banda, como cuando yo salí del loquero. ¿Conocés alguna pensión barata?

- No. Pero puede quedarse acá -lo sorprendió ella.

- ¿En serio?

- Por supuesto. Por unos días, puede compartir tu pieza.

- ¡Minas fieles de gran corazón! –bromeó Bustos agradecido, parafraseando el tango “Tiempos Viejos”.

Con una remera apretada, un short que le quedaba corto y unas ojotas playeras, Domecq abandonó el Hospital Santojanni, acompañado por su amigo Bustos. Ya en la camioneta prestada por Caron, se trasladaron hasta la Comisaría 44 para denunciar la pérdida -por destrucción total- de todos sus documentos. Luego, el novelista aprovechó un locutorio para pedir turno para sacar un nuevo DNI, y llamó al banco para solicitar un duplicado de sus tarjetas de crédito y débito. Más tarde,

pasaron por Morón para que Domecq pudiera comprar algo de ropa y un par de zapatillas. Por último, antes de emprender el camino a Luján, como se habían salteado el almuerzo, pararon en un bar para comer unos tostados.

- ¿Puedo hablar sin que me tilde de paranoico? –preguntó Domecq.

- ¡Dele!

- ¿Sus amigos de la SIDE le devolvieron mi celular?

- Sí, pero no pudieron rastrear a “Zocas”, porque se comunicó desde teléfonos descartables.

- ¿Se fijó si después del incendio de mi casa “Zocas” envió algún mensaje a mi celular?

- No sé. Estuvo siempre apagado.

- Ok.

- ¿De qué quería hablar? –preguntó Bustos.

- Por ahora, sólo me interesaba saber esto. Pero, en el supuesto caso de que encuentre otra amenaza en mi teléfono, entonces sí querría hablar largo y tendido.

Cuando llegaron a Luján ya comenzaba a anochecer y Caron estaba dándole instrucciones al parrillero. En cuanto escuchó el inconfundible ruido de su camioneta, la dueña de “Ruta 7” salió a saludarlos. Primero abrazó efusivamente a Domecq y se condolió por la pérdida de su casa, con tantos recuerdos y objetos queridos. Luego, suavemente, puso su mano sobre el hombro de Bustos y -durante unos segundos- los tres amigos compartieron el emotivo silencio.

- Gracias por el refugio –dijo Domecq.

- Me encanta albergar gente elegante –bromeó Caron, aludiendo a la camisa floreada, el jean blanco y las sandalias franciscanas que, por razones de precio, acababa de comprar el novelista.

Como buena anfitriona, le encargó al parrillero que calentara pan y preparara una picada, mientras ella se ocupaba de traer unas cervezas.

- Brindemos por este “menage à trois”- dijo ella con su mejor sonrisa, y los tres entrechocaron sus jarras heladas.

Con ayuda de Caron, Domecq comenzó a preparar una lista con sus prioridades, tanto en lo referente a trámites, como a compras de elementos personales, sin olvidar su futuro alojamiento, ya que su casa era irrecuperable y debía ser demolida. Por su parte, Bustos aprovechó para buscar el celular de Domecq. Lo trajo apagado y se lo entregó. Éste lo encendió, buscó los mensajes ingresados y –sin poder disimular un gesto de terror- se lo mostró a sus amigos:

- Soy Zocas, chau Liniers.

- ¿Estoy paranoico o esta es otra amenaza real? -dijo el novelista, apretando con bronca sus mandíbulas.

Todos coincidieron en que ya no había espacio para las dudas. La vida de Domecq estaba en peligro. Sin embargo, mientras que el novelista estaba convencido de que “Zocas” era Gonzalo Gómez Rioja, los otros dos coincidían en que no había pruebas que identificaran al autor de las amenazas. Pero había más discrepancias. Caron sugería presentarle a Aberanda esta última amenaza que -a su juicio- rebalsaba el vaso. Sin embargo, los dos hombres estaban de acuerdo en actuar por sus propios medios, ya que la comisario no había tomado en serio la última denuncia de Domecq.

A partir de allí las posturas fueron distanciándose, hasta que Caron -con la excusa de atender a los clientes de su parrilla – abandonó la reunión.

Aprovechando que estaban en una mesa bien alejada, los dos amigos comenzaron a esbozar un plan. El novelista propuso perseguir a Gonzalo con un aluvión de mensajes intimidatorios enviados desde teléfonos descartables. Bustos dudó

de la efectividad de ese juego de espejos, que era casi lo mismo que responder directamente las amenazas de “Zocas”. Para el ex policía una intimidación efectiva debe ser misteriosa. El amenazado no debe tener certeza sobre el autor del mensaje. De esa forma comenzaría a dudar de todos. Por lo tanto, era necesario que Domecq invocara a un personaje extraño y temible. Luego de barajar nombres de la literatura y los comics, Bustos recordó que Gonzalo se hacía pasar por sacerdote satánico, por lo tanto, para despistarlo, las amenazas podrían efectuarse en nombre de “Satán”.

Tras aprobar esta idea, los amigos se asignaron tareas. Bustos compraría teléfonos descartables y recurriría a sus amigos espías para conseguir los números telefónicos de Gonzalo, tanto los particulares como los “Castelar Nuestro”. Por su parte, Domecq visitaría nuevamente la cárcel de mujeres, para que la pelirroja Ema Sanger le contara -con más detalles- el tenor de las llamadas del sacerdote satánico que le lavó y le pudrió el cerebro.

## **CAPÍTULO (XVII): LA ASESINA**

Aquella primera noche en Luján, Domecq durmió mal. Luego de la picada con cerveza, se dio una ducha y se acostó. La camita, que Bustos había agregado para él, tenía un colchón cómodo, pero el dormitorio era muy caluroso, sin aire acondicionado, y con un ventilador de techo que gemía como eje de carreta. Evidentemente se trataba de una habitación de servicio. Se levantó a las siete de la mañana y mateó con su amigo, quien aún continuaba cumpliendo el horario de sereno. El pan de campo con dulce de leche regional le pareció un manjar. Aparentemente, Caron seguía durmiendo. Ella vivía en la casa principal, un poco alejada del local comercial de la parrilla. Después de una buena mateada, Domecq caminó hasta la estación y tomó el viejo tren con locomotora diesel. En Moreno cambió de formación pasando a otra -de tracción eléctrica- con mejores vagones. Bajó en Liniers y buscó un colectivo que lo llevara hasta Ezeiza. Finalmente, en otro colectivo -y extrañando su Peugeot 404 -llegó a la cárcel de mujeres.

Cuando le pidieron la “tarjeta de visita”, se alegró de haberla incluido en la denuncia de pérdida de documentos, por destrucción total en el incendio. Sin embargo, la agente de guardia rechazó la validez del acta policial. Indignado, Domecq invocó una falsa amistad con el Procurador General y exigió hablar con la persona a cargo. Tras un rato de cabildeos, y luego de confirmar que el visitante estaba registrado en la base de datos del Servicio Penitenciario, le emitieron un duplicado y le permitieron pasar. Sin embargo, todavía debía enfrentar la inspección con detectores de metales y el posterior toqueo manual. Ya habían pasado cuatro horas desde su salida de Luján cuando -por fin- pudo encontrarse con Ema Sanger. La joven asesina repetía la indumentaria de la visita anterior -musculosa negra y pantalón de jogging- pero parecía algo menos ojerosa, y su cabello rapado estaba comenzando a crecer. Como era de esperar, a modo de saludo, la pelirroja le preguntó:

- ¿Me trajo algo?

Sin hacer comentarios, él le entregó los artículos de higiene personal que habían sobrevivido a las pirañas de la requisa. Mientras ella aspiraba las fragancias, Domecq le entregó un ejemplar autografiado de su novela Los crímenes de Castelar.

La chica miró la tapa y se limitó a arquear las cejas en un gesto ambiguo que el visitante no logró descifrar.

- ¿Cómo estás? -preguntó el miope.

- Necesitamos que publique otro artículo sobre lo que pasa acá. Las nuevas autoridades son tan hijas de puta como las anteriores. Las guardias te cobran hasta por tirarte un pedo. Si luego de estar con usted no les entrego unos mangos me fajan. Así que deme plata.

- Es que...-balbuceó Domecq sorprendido, y agregó: - Se quemó mi casa, ando sin documentos y apenas me queda efectivo para comer algo y pagar los colectivos y el tren hasta Luján.

- Usted elige. O come o habla conmigo.

- Ok. Te voy a dar 100\$ al final de la charla.

- Los quiero por adelantado.

- Mitad ahora y mitad al final- negoció el viejo.

- Ok. Deme los 50\$ y empiece a preguntar.

- Quiero que me cuentes todo lo que recuerdes sobre las llamadas que te hacía "Satán".

- ¿Va a escribir otro libro?

- Posiblemente. Pero no cambies de tema. Respondeme lo que pregunté.

- OK. La primera vez, creí que era una cargada y corté. Pero llamó de nuevo y comenzó a contarme que sabía todo de mí. El pasado, el presente, los problemas de familia, de pareja, la droga y mil cosas más. Sabía que odio a los curas, a los mormones, a los siquiátras, a los gitanos, a los domadores de leones y a los payasos. Sabía que yo estaba harta de todo. Pero él no me criticaba. Decía que estaba bien ser rebelde, que todos somos libres de creer en lo que se nos da la gana y de hacer lo que se nos canten las pelotas. Todo sin sentir culpa. Él siguió llamándome muy seguido y – después de un tiempo- si se demoraba yo lo extrañaba y me ponía ansiosa. Un día me explicó por qué Satanás era el más poderoso de los Arcángeles y –con el tiempo- me convenció de profesar el satanismo. Para difundirlo, me pidió que buscara los símbolos demoníacos y que los usara en mi taller de "tattoo". También me pidió que armara un altar en mi loft.

- ¿A Joaquín Olites también le encargó un altar?

- No. A él le pidió sacrificios.

- ¿Cuáles?

- Primero de animales y luego de lacras humanas.

- ¿Lacras humanas?

- Negros, judíos, renegados y toda esa gentuza que ofende a Satanás.

-¿El loft donde tenías el altar era tuyo o de Joaquín?

- De ninguno de los dos. Me lo prestaba mi amigo Gonzalo.

- ¿Es muy amigo tuyo?

- Nos conocemos de chicos. En la secundaria tuvimos un "touch and go", pero nada más. Somos amigos.

- ¿Gonzalo conocía tus problemas de familia, de pareja, de droga, tus odios religiosos y raciales?

- Supongo que sí. Le gustaba escucharme.

- ¿Alguna otra persona conocía tantos detalles de tu vida?

- Creo que no.

- ¿No te preguntaste por qué "Satán" sabía todas esas cosas tuyas?

- ¡Porque es el Demonio y se mete en mi cabeza!

- ¿Nunca se te ocurrió que Gonzalo le hubiera pasado la data a "Satán"?

- Imposible. Gonzalo está en otra. Es un tipo que solo piensa en la guita. A mí me escuchaba porque yo le gusto. Pero es un tipo superficial y no le da el cuero para ser satanista.

Cuando ya finalizaba el horario de visitas, Domecq formuló sus últimas preguntas:

- ¿Cuál era la frase que más repetía “Satán”?
- ¡Soy “Satán” el todopoderoso! –respondió la pelirroja.
- ¿A Joaquín también se lo decía?
- Sí. Era como su presentación.

El sonido de la estridente chicharra indicó que Ema debía volver a su celda. Antes de retirarse, ella le reclamó los otros 50\$. Mientras le pagaba, él preguntó:

- ¿Gonzalo tenía muchos celulares?
- Montones. Los usa y los tira.

Ya en la puerta de la “U3” Domecq hizo un arqueo de sus magros dinerillos. Por suerte, los boletos de tren cubrían ida y vuelta. Separó las monedas para los colectivos y -con el resto- se acercó a un kiosco con la esperanza de comprar un pancho y una bebida.

Durante las interminables cuatro horas de viaje para regresar a Luján, el novelista repasó lo conversado con Ema y se convenció definitivamente de que Gonzalo –con sus teléfonos descartables- era el misterioso manipulador que se ocultaba tras las falsas fachadas de “Zocas” y “Satán”. Por lo tanto, le haría probar su propia medicina. Comenzaría a mandarle amenazas precedidas por la frase “Soy Satán, el todopoderoso”. Era la estrategia del tero: hacer ruido lejos del nido. En este caso, la amenaza satánica escondía el verdadero peligro, que era la investigación de Bustos y Domecq para atraparlo.

## **CAPÍTULO (XVIII): ENTRE MUJERES**

Caron Jones y Anahí Aberanda se habían conocido en lamentables circunstancias. Cuando Investigaba los crímenes de Castelar, la comisario había hecho detener a Domecq, Bustos y Caron. Si bien esta última no llegó a pernoctar en la celda, tenía motivos para malquistarse con Aberanda. Sin embargo, meses después, durante la presentación de la novela de Domecq -en “Domus”- las mujeres tuvieron oportunidad de conversar y la comisario se disculpó por el mal momento que le había hecho pasar a su interlocutora, y se ofreció como contacto para cualquier gestión policial que pudiera llegar a necesitar en el futuro. Fue en base a esa conversación que Caron se atrevió a llamar por teléfono a Anahí y plantearle su preocupación por la serie de atentados sufridos por Domecq. Aberanda le comentó que el novelista ya le había informado las supuestas amenazas enviadas por “Zocas”, pero cuando iba a investigar el tema se produjo el asesinato del fiscal de Morón. A partir de este terrible suceso, que conmocionó a la opinión pública nacional, ella tuvo que abocarse “full time” a esa controversial investigación con elementos de novela negra, plagada de pistas falsas, escenas armadas, pruebas extraviadas, testigos asustados e intereses políticos entrecruzados. Sin embargo, le iba a ordenar a su asistente que se ocupara ya mismo

de atender su denuncia. Minutos después, Rossini llamó a Caron y acordó recibirla el día siguiente, en las oficinas de Morón.

Aquella mañana, la dueña de la parrilla “Ruta 7” salió de Lujan con tiempo de sobra, porque no le gustaba ser impuntual. Pero, cuando conducía su camioneta a la altura de “General Rodriguez” le arrojaron un ladrillo que rompió el parabrisas. Por suerte, el cristal estalló y con la visión despejada pudo seguir manejando y escapar de “las pirañas” que esperaban que se detuviera al costado de la ruta. Ya en Morón, dejó el auto para reparar y –de muy mal humor –entró a la comisaría.

- Mucho gusto –dijo Rossini, extendiendo la mano. Y de inmediato –al ver la cara de la visitante- le preguntó. -¿Se siente usted bien?

- ¡No! -respondió Carón con voz agria, sin poder disimular su enojo. –Acabo de ser víctima de otra “sensación de inseguridad”. Me reventaron el parabrisas de un ladrillazo y estoy viva porque Dios es grande.

-¿Dónde ocurrió?-preguntó el asistente, mientras le acercaba un vasito de plástico con agua de bidón.

- En el Acceso Oeste pero fuera de la jurisdicción de Morón. Así que cuando salga de aquí tendré que ir a la comisaría de Moreno. Pero lo importante es que ahora usted escuche todo lo que tengo que decirle del caso Domecq.

- Le aclaro que conozco a Domecq, y la comisario me pasó copia de un par de amenazas.

- Ya no son amenazas. Son atentados. Le tiraron bombas “molotov” en el auto, en la editorial donde presentaba el libro y en su casa de Liniers.

- ¿Cuándo fue lo de Liniers?

- La semana pasada. La casa quedó totalmente destruida y él se salvó de milagro, pero tuvo que ser internado. Sólo conservó los anteojos porque los tenía puestos.

- ¿Está probado que utilizaron “molotov”?

-Sí. La pericia de los bomberos confirmó que se tiraron tres bombas. Una contra la puerta de entrada y otras dos contra las ventanas.

- ¿La Federal tiene sospechosos?

- No.

- ¿Testigos?

- Tampoco.

- ¿Alguien se atribuyó el atentado?

- Domecq recibió un mensaje diciendo: “Soy Zocas, chau Liniers”.

- Pero “Zocas” era Joaquín Olites y está muerto. Luego, Ema Sanger fue “Zocas” pero está presa. Ya no hay más “Zocas” sueltos. Sólo existen en la cabeza de Domecq, que es un fabulador. Tiene manía de persecución e inventa pruebas, atentando contra sí mismo –argumentó Rossini.

- ¿Usted es siquiatra?-preguntó Caron, muy molesta.

- No, pero tengo sentido común.

- ¿Su sentido común está respaldado por algún profesional?

- No, pero...

- Entonces, cálese la boca y comience a buscar laburo, porque voy a llamar a Crónica Tv y denunciar que un imberbe de la bonaerense no me quiere tomar una denuncia por tres atentados contra un periodista.

Los gritos de Caron llegaron hasta el despacho de la comisario, quien salió al pasillo, se acercó a la denunciante y la invitó a seguirla hasta una salita de reuniones. Tras ofrecerle asiento y servirle un café, le pidió que le contara, palabra por palabra, toda la discusión con Rossini.

Sin dramatizar pero sin tampoco suavizar los hechos, la galesa relató todo lo sucedido desde que estrechó la mano del joven asistente. Cuando Caron terminó, tras haberla escuchado sin inmutarse, con tono amable la comisario preguntó:

- ¿Por qué no vino Domecq personalmente?
- Porque ya les presentó la denuncia con los primeros atentados incendiarios y ustedes no le contestaron el mail, ni lo llamaron por teléfono.
- Es cierto. Pero justo mataron al fiscal y quedé en medio de una guerra de teorías opuestas acerca de quién apretó el gatillo y por qué.
- Pero si los miles de policías bonaerenses se concentran todos en un mismo caso, los ciudadanos de a pie estamos fritos.
- Tiene razón. Me expresé mal. Era una explicación pero pareció una excusa. Voy a citar a Domecq para que nos aporte el celular para rastrear las llamadas.
- Supongamos que las llamadas se efectuaron desde teléfonos descartables. ¿Cuál sería el paso siguiente?
- Le pediríamos que se aloje en Morón, así podemos solicitar que se intervenga su teléfono y detectar al instante una futura amenaza.
- Domecq tiene miedo. Está escondido en Luján. Venir a Morón o Castelar es entrar al coto de caza de "Zocas". Sería meterse en la boca del lobo.
- Yo le ofrezco custodia policial.
- Espero que sea más efectiva que la que cuidaba al fiscal –dijo Caron e inmediatamente se arrepintió, y pidió disculpas por su exabrupto.

Ya en el taller mecánico, mientras esperaba que terminaran de cambiar el parabrisas de su camioneta, Caron repasó lo sucedido en la comisaría. Para ser sincera, tenía que reconocer que Rossini tenía algo de razón. Todavía no había pruebas para inculpar a Gonzalo Gómez Rioja por las amenazas y atentados de "Zocas". También era cierto que Domecq sufría de "persecuta" e intuía peligros que los demás no percibían. Sin embargo, estaba convencida de que su amigo no era un fabulador. Él nunca atentaría contra sí mismo, a espaldas de Bustos y ella.

## **CAPÍTULO (XIX): PELIGROSA LOCURA**

Satisfecho con su nuevo corte y -especialmente –por la información conseguida, Juany salió de la peluquería, dobló por Arias y caminó hacia Ituzaingó. El sol del mediodía rajaba la tierra mientras los pobres jubilados se agolpaban frente a un banco, para percibir sus magros ingresos. Al llegar a Alvarez Jonte, dobló y -un par de cuadras después, sobre una calle sin asfaltar- encontró la inconfundible casa de Bustos. Tal como le había anticipado el peluquero, era una construcción antigua, rodeada de un cerco de alambre tejido que evitaba que se escaparan las gallinas, o –lo más probable- que se las robaran. A falta de timbre, pateó la vieja puerta de hierro oxidado y provocó la reacción de varios perros, que le ladraron con bronca. Ante semejante bochinche, la huraña dueña de casa no tuvo otra opción que asomarse.

- ¿Por qué carajo pateaste la puerta? -preguntó la mujer, flaca, ojerosa y vestida de negro.

- ¿Acá vive el señor Bustos?-preguntó el joven.
- Por suerte ya no.
- ¿Y dónde lo puedo encontrar?
- En el manicomio.
- ¿En serio?
- ¡Sí, y espero que se pudra ahí adentro!
- ¿En cuál manicomio?
- En el de Luján.

Sin despedirse, ni agradecer, Juany dio media vuelta y emprendió el regreso a Parque Leloir. Por más que pensara en el asunto, más le parecía una cosa de locos. ¿Domecq y Bustos se habían refugiado en un manicomio?

Esa misma tarde, en una de las motos que Guzmán ponía a disposición de sus muchachos, Juany llegó al hospicio de Luján. A diferencia de las amables enfermeras del Santojanni, acá todo el mundo andaba con cara de culo y nadie contestaba sus preguntas. Para colmos, alguien lo amenazó con encerrarlo si seguía molestando. A pesar de ser un sicario con varias muertes en su haber, Juany estaba incómodo en el loquero y sentía escalofríos. Ese tétrico lugar parecía el escenario de una película de terror, donde nadie es lo que parece. Lo cierto es que estaba rodeado de locos y -al no saber quién era quién- prefería desconfiar de todos. Por esa razón, ignoró a una mujer que se ofreció a ayudarlo, pero tenía un tic que le hacía guiñar un ojo. Tampoco le pareció confiable un señor calvo que dijo ser empleado administrativo pero llevaba zapatillas de distinto color. Finalmente, se topó con un profesional, un señor de mediana edad, bien afeitado y peinado, con un guardapolvo blanco que llevaba bordado su nombre: Dr. Jekyll. Amablemente, el hombre –que también llevaba camisa blanca, pantalones blancos, medias blancas y zapatos blancos- le preguntó en qué podía ayudarlo, y Juany recurrió al viejo truco de estar buscando a su padrino, en este caso, de apellido Bustos. – Creo que sé dónde podés encontrarlo. Vení -dijo el cordial interlocutor. Juany lo siguió hasta uno de los pabellones más alejados, y tuvo que ayudarlo a abrir un pesado portón de hierro. Al traspasarlo, ingresaron a un amplio y vacío hall de entrada, mal iluminado y con olor a encierro. Por último, accedieron a un largo pasillo, bordeado por celdas donde se amontonaban enfermos semidesnudos que les hacían muecas y gestos obscenos. Finalmente, el hombre de blanco se paró frente a una celda vacía e intentó empujar a Juany hacia su interior. Con rápidos reflejos, el sicario zafó del empujón, le dio una patada en los huevos, y huyó a toda carrera. Empujó el pesado portón y -antes de que su perseguidor lo alcanzara– salió al parque. Después de esta espantosa experiencia, el joven tenía ganas de volver a Parque Leloir, pero todavía no había cumplido su misión. Tenía que preguntar pero no sabía en quién confiar. Entonces, cuando vio pasar a un policía, decidió cortar por lo sano. Le efectuó la consulta y el agente le señaló el único pabellón con el frente pintado, al tiempo que le informaba que esa era la administración. Al empujar la puerta giratoria, Juany se encontró en una típica oficina de la administración pública, con empleadas que charlaban en voz alta, tomaban café o agua mineral y –sobre sus escritorios, entre los papeles- tenían paquetes de galletitas o bizcochitos de grasa. Una de las empleadas, parecidísima al personaje de Gasalla, le preguntó: -¿Qué querés bebé? El sicario repitió la historia de su padrino Bustos, y la empleada -de labios rojos y pelo enrulado sin peinar- le respondió que ese paciente estaba gozando de un permiso transitorio para trabajar en la parrilla “Ruta 7”, en Luján.

Cuando la moto atravesó el supervigilado acceso al psiquiátrico, Juany suspiró con tranquilidad. Prefería enfrentarse a un pistolero chino antes que estar encerrado con aquellos locos.

Al llegar a la parrilla, descubrió que -sin necesidad de entrar al local- podía observar su interior sentándose en una especie de barra o mostrador externo donde solían almorzar los camioneros y gente de paso. Eligió el taburete del rincón, pidió un choripán y una cervecita, y se dedicó a buscar a Bustos y Domecq. La cabeza rapada del ex policía fue lo primero que distinguió. Estaba hablando con una linda mina que parecía ser la dueña del boliche. Pero Domecq no aparecía. Luego de alargar su estadía pidiendo un flan con crema, decidió preguntarle al parrillero:

- ¿Hoy no está el escritor?
- ¿Cuál?
- Domecq, el amigo de Bustos.
- No. Debe haber ido a Capital. ¿Para qué lo buscás?
- Tengo que hacer una entrevista para el cole y la profe me sugirió que lo viera a él -mintió.
- Si podés, date una vuelta más tarde. Últimamente, viene siempre a cenar acá.

Una vez obtenido el dato que buscaba, Juany emprendió el regreso a Parque Leloir para coordinar con el Dr. Guzmán las siguientes acciones. Ya en plena Autopista del Oeste vio cómo un par de autos encerraban a un BMW y se llevaban secuestrado al conductor. – Esto se parece cada vez más a Rosario -pensó, mientras seguía de largo, como si nada le hubiera llamado la atención.

## **CAPÍTULO (XX): ESPÍAS CONTRA ESPÍAS**

Exhausto por el largo y complicado viaje desde Ezeiza, Domecq llegó a Luján, saludó a Bustos y se dio una ducha interminable. Luego, mientras degustaban unos chorizitos de cerdo seleccionados por el parrillero, los amigos aprovecharon para hablar a solas.

- ¡Todo bien! -anticipó el ex policía.- Conseguí los teléfonos descartables y un fierro.

- ¿Un fierro?
- Sí. Un revólver 38 especial, con numeración limada.
- Pero...
- Nada de peros- lo interrumpió Bustos. - Necesitamos un arma para defendernos y para proteger a Caron.

La oportuna mención a la mujer, dejó al novelista sin argumentos:

- Le advierto que nunca tiré.
- ¿No hizo el servicio militar?
- No. Me salvé por pie plano.
- No se preocupe, un día vamos al polígono y le enseño -respondió el ex policía.

- ¿Consiguió los números de teléfonos de Gonzalo?

-Sí, son dos celulares. Me recomendaron usar mensajes de texto y no meternos con los teléfonos fijos.

- ¿Cuándo empezamos? -preguntó Domecq, ansioso.
- Si ya decidió el texto, empezamos ahora.

- OK. Yo creo que no debemos mencionar a “Zocas” en el mensaje, sino sorprenderlo con la frase satánica que Gonzalo usó con Ema y Joaquín: “Soy Satán el todopoderoso”.

- De acuerdo. Le mandamos el mismo mensaje a los dos celulares y tiramos el teléfono descartable que utilizamos.

- Manos a la obra.

Un buen rato después, cuando la dueña de casa se sumó a la mesa para compartir la cena, sus amigos estaban distendidos y de buen humor. Como si hubieran estado tramando alguna picardía.

A la mañana siguiente, Domec se levantó temprano, antes de que Bustos terminara su turno de sereno. Matearon con pan casero y dulce de leche y –de paso- enviaron otro mensaje a Gonzalo, utilizando otro de los teléfonos descartables. En este caso el texto fue: “No invocarás a Satán en vano”. Además, acordaron el siguiente mensaje: “Satán vengará a Joaquín Olites”. Con bastante lógica, Domec y Bustos consideraban que los dos primeros textos deberían servir para poner a Gonzalo en alerta, pero el tercero –con la explícita mención del asesinato de Joaquín, ordenado por él, ya tenía que asustarlo.

Dos días después, Bustos –acompañado- por Domec- fue a visitar a su amigo, que a su vez era amigo de los espías, y le preguntó si había detectado alguna reacción de Gonzalo. La respuesta fue apasionante. Sin imaginar que tenía los teléfonos pinchados, el joven Gómez Rioja había llamado a uno de los abogados de su padre -Manuel Guzmán- para que averiguara el número del teléfono utilizado para enviarle mensajes satánicos. Casualmente, o no, el Dr. Guzmán también tenía contactos en el Servicio de Inteligencia y les trasladó el pedido de su cliente.

Ahora, la gran pregunta -que Bustos no demoró en formular- era la siguiente:

- ¿A quién le darán prioridad, a Guzmán o a nosotros?

- Piano, piano –respondió el espía de origen siciliano. – Nunca matamos a la gallina de los huevos de oro. Los clientes siempre tienen razón. Guzmán paga muy bien, y vos sos un cliente especial al que le debo la vida. Por lo tanto, les daremos a cada uno la información que quiera. Guzmán pidió el número del celular que ustedes utilizaron, y ya le respondimos que se trata de un aparato descartable, desechado e imposible de rastrear. A ustedes les acabamos de informar que Gonzalo –preocupado por los mensajes satánicos- llamó al Dr. Guzmán. Por lo tanto, seguiremos así. Sin embargo, hay algo muy importante que ustedes deben tener en cuenta.

-¿Qué cosa?

- El objetivo de ustedes es desenmascarar a Gonzalo y lograr que sea juzgado. En cambio, el objetivo de Gonzalo es matarlos antes de que ustedes encuentren pruebas para denunciarlo. En consecuencia, si se diera la paradoja de que ambas partes tuvieran éxito, Gonzalo terminaría en Tribunales y ustedes en el cementerio.

Esa frase paralizó a los amigos, que se miraron en silencio, hasta que Domec decidió huir para adelante, y preguntó: - ¿Podemos continuar con las amenazas?

- Mientras tengan teléfonos descartables pueden seguir -respondió el espía.- Pero si necesitan más de esos aparatos deberán buscarlos en otra parte.

- ¿Los teléfonos de Gonzalo seguirán pinchados? -preguntó Bustos.

- Sí. Pero si Guzmán se aviva yo corto de inmediato las intervenciones.

- ¿Podemos quedarnos con las desgravaciones de los teléfonos pinchados?

- Por supuesto. Es parte del servicio. Pero recuerden que son ilegales. No

sirven como prueba.

- De acuerdo -dijo Bustos, estrechándole la mano a su colega.
- Gracias por todo –agregó Domecq.

Mientras manejaba de regreso a Luján, Bustos tuvo un gesto de reconocimiento:

- La verdad es que usted tenía razón. La conversación entre Gonzalo y su abogado confirma que fue él quien indujo a Joaquín y Ema a matar en nombre de “Satán”.

- Lástima que esa grabación no tenga validez judicial -lamentó Domecq.  
- Para el caso es lo mismo. La actual justicia argentina nunca va a condenar a un Gómez Rioja.

- ¿Y entonces, qué sentido tiene nuestra investigación?  
- Siempre tuve algo en mente, pero todavía no es tiempo de plantearlo - respondió Bustos en tono misterioso.

Aprovechando que ya habían llegado a destino, el ex policía cambió de tema. Y exclamó:

- ¡Debe ser viernes porque el parrillero está preparando corderitos patagónicos!

Efectivamente era viernes. Los hombres bajaron y se encontraron con Caron que salió a saludarlos. Se sentaron en unas de las mesas alejadas del fuego y la dueña le pidió al parrillero que trajera unas cervezas. Bustos tomó las riendas de la conversación, relató hasta los mínimos detalles y repitió:

- Domecq tenía razón.
- Espero que me disculpe por haber dudado de su teoría – intervino Caron.
- Lo importante es que todo esto no sea en vano -respondió el novelista.

Aquella misma noche, varias bombas “molotov” cayeron sobre el techo de paja de la parrilla “Ruta 7”. En cuanto las llamas alcanzaron los tirantes de madera y el depósito de leña, todo ardió como el Infierno de Dante.

Mientras intentaba accionar un matafuego, Bustos -el sereno- vio un par de encapuchados que, a bordo de una moto, se perdían en la noche.

## **CAPÍTULO (XXI): BUTCH CASSIDY**

Aquella triste mañana, mientras los bomberos de Luján removían los restos humeantes de la parrilla “Ruta 7” y sofocaban los amagos del fuego para reavivar sus llamas, la comisario Aberanda llamó a Caron y le ofreció un alojamiento, en Morón, con custodia.

Dominada por el miedo, la bronca y la angustia, la dueña de casa respondió:  
- ¡Me vuelvo a la Patagonia! ¡Acá no se puede vivir!

Cuando cortó la comunicación, sus amigos –que habían escuchado la respuesta de Caron- le preguntaron si en verdad había decidido irse. Entonces, ella les contó que su difunto marido le había dejado una chacra en Cholila. Ahora pensaba restaurarla y mudarse allí, para pasar sus últimos años en paz. Antes, debía gestionar el cobro del seguro y poner en venta el terreno de la parrilla y la casita lindera, donde ella vivía.

Bustos la escuchaba con atención, cuando lo sorprendió el llamado de su

celular. Era su amigo espía: “¡Fue Gonzalo!” –decía el lapidario mensaje de texto. Tras comentarlo entre sí, los compañeros de desgracia decidieron utilizar el único teléfono descartable que les quedaba y mandar una rotunda amenaza: “Maldito Gonzalo, sabemos que sos Zocas, Satán, el quema coches y el incendiario. Tenemos las pruebas y ni Guzmán podrá salvarte. ¡¡¡Fuiste!!!”

Esa misma tarde, mientras evaluaban la situación, Bustos recibió otro mensaje del espía amigo: “Esta noche van de nuevo a Luján. Son dos.”

Tras la conmoción inicial, Bustos propuso que Caron y Domecq se fueran de Luján, mientras que él –armado- le preparaba una emboscada a los atacantes. Pero Domecq se negó, diciendo que sólo Caron debía irse, mientras él se quedaba con Bustos. A su vez, la dueña de casa se rebeló, argumentando que en su sangre llevaba los genes galeses que -con sudor y sangre- colonizaron la Patagonia. No estaba dispuesta a huir sin pelear. Además, desde pequeña había aprendido a usar armas y aún guardaba el rifle que su esposo solía utilizar para cazar jabalíes en el sur.

Fue tal la determinación mostrada por la mujer, que sus amigos no se animaron a contradecirla. Los tres se quedarían y debían prepararse para resistir el ataque. Bustos, en base a su experiencia policial, se encargó de planificar la defensa. Él -con su revólver- se ubicaría detrás de una de las ventanas de la planta baja, mientras que Caron -con el rifle- permanecería parapetada en una ventana del piso superior. Domecq se encargaría de neutralizar el impacto de las probables bombas “molotov”. Para eso, acarrearón los extinguidores que aún funcionaban, y llenaron con agua la bañera, los lavatorios, la pileta de la cocina y varios baldes. También conectaron un par de mangueras. Como la puerta de entrada era el punto más vulnerable, la reforzaron recurriendo al viejo truco de apoyar contra ella una gruesa mesa volcada. Finalmente, reubicaron los reflectores de seguridad, amurando uno en cada extremo del techo de la casa y dejando en manos de Domecq el control para encenderlos cuando Bustos diera la orden. Complementariamente, dejarían encendidas las luces de las habitaciones vacías, mientras que ellos tres permanecerían a oscuras.

Cuando consideraron que ya no podían hacer nada más para mejorar el bunker, Caron y Bustos se sentaron a esperar en sus puestos. Por su parte dado su rol polifuncional, Domecq fue a la cocina y buscó algo para comer. Lamentablemente, descubrió que Caron hasta desayunaba en el local de “Ruta 7”, por lo cual, la heladera de su casa estaba prácticamente vacía, excepto unas cervezas y una botella de vino blanco. Su desencanto disminuyó cuando, colgando de un gancho, descubrió una ristra de salames de campo. Los cortó en rodajas, descorchó el Torrontés helado, y le llevó a la dueña de casa un plato con salame, acompañado por una copa de vino blanco. Luego hizo lo propio con Bustos y mientras le servía, se disculpó: - ¡Es lo que hay!

Las lúgubres campanadas de la iglesia aún no terminaban de indicar la medianoche, cuando el sordo ronquido de una moto alertó a los tres amigos. Poco después, dos encapuchados atravesaron sigilosamente el cerco perimetral derrumbado por los camiones de bomberos. A unos quince metros de la casa, los desconocidos se detuvieron, descargaron sus mochilas y sacaron lo que parecían ser bombas incendiarias. A pesar de la oscuridad, gracias a la mira telescópica de su rifle, Caron distinguió que los atacantes portaban armas. Entonces, le avisó a Domecq para que bajara a informar a Bustos. En eso estaban, cuando uno de los encapuchados comenzó a prender una “molotov”. De inmediato, Bustos dio la orden y Domecq encendió los reflectores. Tras un instante de sorpresa, aún encandilado, uno de los individuos comenzó a disparar ráfagas contra los focos que delataban su presencia. En menos de un minuto, con un estruendo infernal, cientos de balas destrozaron el frente de la casa, que se astilló como una fachada de utilería.

-¡Mierda, es una “Uzi”! -masculló Bustos al identificar el sonido de la pistola ametralladora.

En el mismo instante en que el último de los reflectores era destruido, Caron – que ya había apuntado con la mira telescópica- disparó. Su certero balazo impactó en el pecho del sujeto de la “Uzi”, lo levantó en vilo y lo arrojó fulminado para atrás.

El segundo delincuente había aprovechado la súbita oscuridad para arrastrarse hasta un árbol que lo protegía de Caron, y –desde ahí- disparar contra la casa. Como a esa distancia el revólver de Bustos era de poca utilidad, éste avisó a sus compañeros y salió por detrás de la vivienda, para rodear al atacante. Cuando estuvo a sus espaldas, le dio la voz de alto. El pistolero –ya sin capucha- se dio vuelta y gatilló contra el ex policía, pero se había quedado sin balas. Durante un interminable instante, Bustos pensó en volarle los sesos. Pero, de pronto, descubrió que se trataba de un chico. Un muchachito que le hizo recordar a su hijo, muerto por sus propias balas. Entonces, le perdonó la vida. Se acercó, le pateó el arma, y lo hizo tirar en el piso, boca abajo, con las manos en la espalda. Domecq, que apenas había sido un espectador del furibundo tiroteo, se acercó con una soga y ató manos y tobillos del atacante. Por su parte, Caron –sana y salva- ya había llamado al 911.

A la mañana siguiente, la comisario Aberanda sorprendió a los tres amigos presentándose en Luján. Luego de observar las ruinas de la parrilla y la infinidad de impactos de bala en el frente de la casa de Caron, les informó que el muerto era el mismísimo Gonzalo Gómez Rioja. Mientras que el joven detenido era un temible sicario rosarino llamado Juan Gaffy. La comisario pidió disculpas por no haber atendido oportunamente las denuncias de Domecq, que resultaron ser ciertas y permitieron cerrar definitivamente el caso de los crímenes de Castelar.

Unos días después, con la camioneta cargada con todo lo que podía serles útil, Domecq, Bustos y Caron -como los legendarios Butch Cassidy, Sundance Kid y Etta Place- partieron hacia Cholila, para empezar una nueva vida.

**FIN SEGUNDA PARTE**

## **“LOS CRÍMENES DE CASTELAR” (SEGUNDA PARTE)**

### **ÍNDICE**

<b>CAPÍTULO (I):</b>	<b>HIJO DEL PODER</b>	<b>2</b>
<b>CAPÍTULO (II):</b>	<b>LAVADO DE CEREBRO</b>	<b>3</b>
<b>CAPÍTULO (III):</b>	<b>CITA FALLIDA</b>	<b>5</b>
<b>CAPÍTULO (IV):</b>	<b>CÁRCEL DE MUJERES</b>	<b>8</b>
<b>CAPÍTULO (V):</b>	<b>EL SICARIO</b>	<b>10</b>
<b>CAPÍTULO (VI):</b>	<b>QUEMA COCHES</b>	<b>13</b>
<b>CAPÍTULO (VII):</b>	<b>PIRÓMANOS</b>	<b>15</b>
<b>CAPÍTULO (VIII):</b>	<b>MAFIA CHINA</b>	<b>17</b>
<b>CAPÍTULO (IX):</b>	<b>LITTLE BOLIVIA</b>	<b>19</b>
<b>CAPÍTULO (X):</b>	<b>TRES ATENTADOS</b>	<b>21</b>
<b>CAPÍTULO (XI):</b>	<b>EL FABULADOR</b>	<b>23</b>
<b>CAPÍTULO (XII):</b>	<b>PERSONALIDAD PARANOIDE</b>	<b>25</b>
<b>CAPÍTULO (XIII):</b>	<b>TELÉFONOS PINCHADOS</b>	<b>27</b>
<b>CAPÍTULO (XIV):</b>	<b>VIOLENCIA HOSPITALARIA</b>	<b>29</b>
<b>CAPÍTULO (XV):</b>	<b>CARANCHO</b>	<b>31</b>
<b>CAPÍTULO (XVI):</b>	<b>EL REFUGIO</b>	<b>33</b>
<b>CAPÍTULO (XVII):</b>	<b>LA ASESINA</b>	<b>35</b>
<b>CAPÍTULO (XVIII):</b>	<b>ENTRE MUJERES</b>	<b>37</b>
<b>CAPÍTULO (XIX):</b>	<b>PELIGROSA LOCURA</b>	<b>39</b>
<b>CAPÍTULO (XX):</b>	<b>ESPÍAS CONTRA ESPÍAS</b>	<b>41</b>
<b>CAPÍTULO (XXI):</b>	<b>BUTCH CASSIDY</b>	<b>43</b>